
SS
SERVICIO SECRETO
A LA MUERTE LE GUSTA EL JAZZ
Burton Hare
BB

A LA MUERTE LE GUSTA EL JAZZ

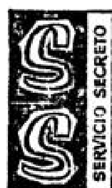


BURTON HARE

A LA MUERTE LE GUSTA EL JAZZ

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 767
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 4087 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: abril 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 497/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
153 — La muerte anda suelta.

En Colección SERVICIO SECRETO:
755 — Al borde de la tumba.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
48 — Un crimen a la medida.

CAPÍTULO PRIMERO

Ya nadie bailaba. Las parejas, algunas todavía enlazadas estrechamente, se habían detenido en medio de la pista y contemplaban con ojos atónitos a los componentes de la orquesta.

En la barra, hasta el *barman* había quedado igual que petrificado, con la coctelera en alto, inmóvil y rígido. Los clientes que abarrotaban el largo mostrador estaban pendientes también de la extraña melodía que brotaba de los instrumentos cual un rito pagano y sensual, era suave y cadenciosa, para crecer, enfureciéndose, como una tempestad que estalla en las cumbres del Gran Cañón.

El piano llegó a la cúspide de su solo estremecedor y los centelleantes dedos del pianista mantuvieron durante unos segundos el enloquecido ritmo. Los otros instrumentos: la batería, el contrabajo, el saxo y la guitarra fueron enmudeciendo uno a uno tras un sollozante lamento, igual que si pusieran un interrogante en el aire, mientras las teclas del piano mantenían el tenue hilo del ensueño.

Un interrogante que Gerry Brook tenía que deshacer con su trompeta mágica.

El foco que aureolaba de luz a todo el conjunto se contrajo, centrándose sobre Gerry. Su alta figura bien proporcionada, con la cabeza inclinada un poco hacia adelante, se ofreció a los ojos fascinados de la concurrencia. Incluso los camareros dejaron de moverse. En realidad, ese era el instante que todos habían estado esperando.

Vieron cómo las largas manos del músico parecían acariciar la brillante trompeta. Lentamente, irguió la cabeza. Tenía los ojos semicerrados y no parecía mirar a nadie ni a nada en particular, pero de ellos se desprendía un brillo febril como cada vez que se sentía poseído por la fiebre de la música, del *Jazz* en el que estaba a punto de alcanzar el primer lugar entre los virtuosos de la nueva generación.

Al fin, incluso el piano enmudeció aunque las manos del pianista quedaron sobre las teclas, prestas a entrar en acción. Gerry levantó la trompeta, la acarició con los labios un instante, y tras esto surgió de ella un largo lamento electrizante. En sordina, el piano le hizo coro y ya nadie hubiera sido capaz de mover un solo dedo mientras la trompeta de Gerry Brook estuviera trasladando la imaginación de cada uno y de todos en general a unos paraísos de ensueño,

quiméricos y locos, inaccesibles incluso para la imaginación sin la ayuda de algo etéreo como el sonido de aquella música.

Las notas emergían del instrumento románticas, maduras, acariciantes como las manos de un amante enfebrecido. En pocos instantes, sin transición, alcanzaron el frenesí estremecedor de lo inexplicable, del misterio que se oculta en lo más profundo del alma humana. Después, sus sollozos descendieron hasta las más profundas cavernas del dolor para flotar, más tarde, en los sensuales ensueños del amor.

Cada espectador, cada oyente, sentía en sus fibras el alfilerazo enervante producido por el músico. Vibraban con él y sufrían con él y se alegraban si la trompeta expresaba alegría. Y en los instantes cruciales de semejante hechizo, cuando las notas cayeron chispeantes como las aguas de una cascada entre la selva, distintas y claras, nadie hubiera podido decir dónde se encontraba en semejantes momentos.

Luego, cuando los otros instrumentos entraron tímidamente en la melodía, crecieron cobrando vida y finalmente formaron un coro destinado a realzar el milagro de aquella transportación maravillosa, la trompeta de Gerry Brook alcanzó el cénit de su potencia en un arreglo de *Blue night Blues*. Cerrando los ojos, uno podía percibir el campanilleo de las aguas al saltar en el arroyo bajo la noche azul de las montañas…

Al fin, la última nota quedó vibrando unos segundos en el aire y se extinguió dentro del silencio tenso e irreal. Un largo suspiro pareció recorrer a la masa apiñada de oyentes, como si acabasen de librarlos de pesadas cadenas… y finalmente estalló una tempestad de aplausos entusiastas, gritos histéricos, chillidos enfebrecidos…

En el pequeño escenario, Gerry Brook bajó lentamente los brazos. Sus manos temblaban, aferradas a su instrumento, y pequeñas gotas de sudor perlaban su ancha frente. Hizo un gesto casi imperceptible y los demás músicos del conjunto se pusieron en pie los que estaban sentados y, todos juntos, correspondieron a las delirantes ovaciones del público.

No tenían nada de espectacular. En realidad, incluso su atuendo no podía ser más sencillo. Un traje gris perla con solapas redondas, camisa blanca y corbata azul. Sin embargo, tras aquel rotundo triunfo parecían agigantarse, convertidos en colosos del *Jazz,* y nadie se hubiera atrevido a catalogarlos como seres vulgares y corrientes.

Fue Gerry Brook quien inició la retirada, después de varios minutos de ovaciones que no llevaban trazas de extinguirse. Sus compañeros le siguieron hasta el fondo del escenario y desaparecieron detrás de las cortinas de terciopelo.

Fue la única manera de acallar el estruendo. Entonces, una orquesta de cubanos ataviados con sus llamativas ropas tropicales, de vivos colores, invadió el estrado y sus trepidantes sones arrastraron a la pista una multitud de enfebrecidos bailarines, todavía exaltados por lo que acababan de vivir.

En el camerino, Gerry Brook terminaba de abrocharse la camisa de calle cuando Gumbril, el saxo, comentó:

—Una actuación como la de esta noche en la televisión y nos hacemos los amos, ¿no te parece, Gerry?

Este sonrió. Se entretuvo doblando cuidadosamente los pantalones del traje gris perla y luego dijo:

—No veo por qué no podemos superarla mañana ante las cámaras.

—¿Crees que podrás conseguirlo, muchacho?

La profunda voz de Bunny hizo sonreír a todos, cargada de ansiedad. Todos sabían cuánto había luchado aquel muchacho por alcanzar un puesto dentro del *Jazz* actual, de concierto.

—No te preocupes, Bunny —le tranquilizó Gumbril—. Ocúpate de tu guitarra y deja lo demás para Gerry.

El aludido se anudó la corbata rápidamente, descolgó la americana y se encaminó a la puerta. Hutton, el batería, refunfuñó:

—Viernes.

Todos se echaron a reír. Desde la puerta, Gerry volvió la cabeza y rio con ellos.

—Viernes —dijo—. Eres un calendario andante, chico.

—Caray, no hay más que ver las prisas que te entran la noche de todos los viernes. No falla.

Gerry salió y cerró la puerta, todavía sonriendo.

Era cierto que cada viernes demostraba las mismas prisas por marcharse a casa. Había intentado contenerse, tratar de disimular aparentando una indiferente calma y había fracasado en el empeño, de manera que ya no le importaba nada que sus compañeros se rieran de él.

Recorrió el pasillo, se desvió por detrás del escenario y fue a salir por una puertecita que comunicaba con la sala del cabaret, cerca de la barra.

El rítmico latido de los tambores tropicales le asaltó tan pronto hubo cruzado la puertecita. Casi sintió tentaciones de marcar el paso de la cálida rumba. En realidad, estaba contento y no le importaba que todo el mundo pudiera notarlo.

Una voz dijo, a su lado:

—Me debes un trago, Gerry.

—¡Mira!

Se encontró mirando a las profundidades de dos pupilas tan

verdes como esmeraldas. La muchacha asintió con un leve gesto.

—¿Vas a pagar tu deuda, querido?

—Naturalmente… Mañana, ¿te parece bien?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Olvidaba que estamos a viernes… Bueno, quiero que sea esta noche.

—¿Ahora?

—Sí.

El músico esbozó un gesto de impaciencia.

—Pero, chiquilla, yo…

—¡No soy ninguna chiquilla! —estalló la muchacha—. Ella te esperará igual aunque tardes unos minutos más en llegar.

—No digas tonterías… Está bien, tú ganas.

La tomó del brazo y ambos se dirigieron al mostrador. Pudieron encontrar un pequeño espacio libre en el extremo más alejado, con un solo taburete que ocupó Mira. Vestía con descuidada elegancia, sin adornos, pero ni así podía dejar de advertirse el encanto rotundo de sus formas, cuya pujante juventud no podía velar ningún vestido.

Cruzó sus largas piernas y miró descaradamente al músico.

—Quiero un *Old Fashioned*.

—Bueno, lo pediremos.

El mozo acudió como una flecha cuando los reconoció. Gerry pidió las bebidas, recomendando que la suya la preparasen sin hielo, y después devolvió su atención a la muchacha. Le chocaba el misterio de aquellos ojos verdes, profundos y tristes, interrogantes. Y le gustaba mirar la aniñada cara de Mira, tan hermosa y exótica, con los gordezuelos labios apenas maquillados y casi permanentemente fruncidos en una mueca de disgusto.

—Bueno, cuéntame algo de ti, Mira —pidió para romper el silencio—. Tu padre me dijo que ibas a marcharte de aquí un día de estos. A la costa, ¿no?

—Mi padre es un bocazas —refunfuñó ella—. No sé todavía si me iré o no. ¿Te importa mucho?

—¡Diablos, no! Solo lo he mencionado para hablar de algo mientras llegan los tragos.

—Claro, no tienes nada más de que hablar conmigo…

—No te entiendo, ni creo que te entiendas tú misma. Eres la muchacha más bonita de Nueva York, tienes un padre complaciente y con tanto dinero que no sabe qué hacer con él, tan complaciente que te deja venir a su más lujoso club nocturno. Siempre estás rodeada de admiradores… y vas a hacer un viaje a Hollywood. ¿Qué más puedes pedir?

—Me pregunto si ya naciste estúpido o te has vuelto así después, hace un año poco más o menos.

Gerry se encogió de hombros y rio de buena gana. El mozo depositó las bebidas sobre el mostrador, recibió el importe más medio dólar y se alejó envuelto en sonrisas.

Gerry probó su bebida y la muchacha hizo lo mismo, pero casi la vació de un trago.

—Está bueno —gruñó.

—¿Quién demonios te ha enseñado a beber así, niña? Si te ve tu padre te ganas un buen vapuleo.

—Soy mayorcita para beber como se me antoje. ¿Por qué te empeñas en tratarme como a una chiquilla tonta?

—Quitando lo de tonta, no eres más que una chiquilla... ¿Cuántos años tienes?

Mira irguió la cabeza. Sus ojos se clavaron en él desafiantes.

—Veintiuno —afirmó.

Gerry soltó una risita burlona.

—Puedes permitirte el lujo de añadir años a tu edad.

Vendrá un tiempo en que te los quitarás.

—¡Tengo veintiuno, maldito cabezota!

—Bueno, pongamos diecinueve.

La muchacha hizo una mueca de disgusto, dándose por vencida.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió con voz desalentada.

—Bueno, no hay más que ver tu carita de niña dulce...

—¡Gerry! ¿De verdad es dulce mi cara... te gusta?

—Claro que sí. Pero no tiene mérito que sepa tu edad. Le pregunté a tu padre, ¿sabes?

Mira pegó un respingo.

—¿Le preguntaste a papá? Es maravilloso...

Él la miré, desconcertado.

—¿Qué hay de maravilloso en esto, niña?

—El que fueras a interrogar a papá... que te interesaras por mí...

—¡Diablo, no! Baja de las nubes, Mira. Le pregunté tu edad cuando le reproché que te dejase acudir aquí por las noches. No me parece el lugar adecuado para una chiquilla, por muy bonita que sea.

—Ya veo... Eres... Eres repugnante; esa es la palabra, Gerry. Ya debería haber aprendido la clase de tipo que eres. Quiero otro *Old Fashioned.*

—Ni hablar. Ya tienes suficiente con uno.

—Tonterías. Puedo beber tanto como tú... ¡Mozo!

Gerry miró su reloj con cierta impaciencia. Contempló como ella pedía dos bebidas más y se resignó, pero no sin advertirla firmemente:

—Es la última, Mira. El último trago, ¿está claro? Después de este me marcharé y tú dejarás de beber por hoy.

—Ya he visto cómo mirabas tu reloj. ¿Temes que se canse de esperarte?

—Otra vez con lo mismo —refunfuñó el músico—. ¿Cuándo dejarás de decir tonterías?

—¡No son tonterías!

—Está bien, no grites. Van a creer que estamos peleándonos.

—¿Te importa mucho lo que piensen los demás?

—Tratándose de ti, sí, pequeña. En primer lugar, eres casi una niña te guste o no. Y en segundo lugar, eres la hija del patrón y no quiero disgustos. Creo que tu hermosa cabecita puede entender eso. ¿No es cierto?

—¡Puedes irte al infierno, Gerry Brook!

—*Okey, Okey,* cálmate. Voy a irme ahora mismo, pero no al infierno precisamente.

—No, para ti es el paraíso… ¡Idiota! No te das cuenta de…

Se interrumpió cuando una voz ronca, desagradable, intervino sin vacilaciones:

—¿Mr. Brook, Mr. Gerry Brook?

El músico se volvió sorprendido. La muchacha miró al inoportuno con ojos centelleantes.

—Sí —dijo el aludido—. Yo soy Gerry Brook. ¿Qué le pasa a usted?

Su tono agresivo hizo que el otro se mostrase menos seguro de sí mismo.

—Bueno, me han mandado a buscarle y…

—Podía haber demostrado un poco más de educación. Estaba hablando la señorita cuando usted la ha interrumpido bruscamente.

El hombre irguió los hombros.

—Por lo que he oído, ella no le estaba diciendo nada agradable después de todo. Debería estarme agradecido… —su mano subió discretamente hasta que Gerry pudo verla a escasas pulgadas de su cara—. ¿Sabe usted lo que es esto, compañero?

Vio una chapa metálica de vivos colores prendida en un sobado estuche. Todo el mundo sabía qué era aquello.

—Policía —gruñó—. ¿Y qué?

—Va a tener que acompañarme. El teniente quiere verlo.

—¿A mí? Debe estar en un error… ¿De qué se trata?

—No me lo han dicho. Todo lo que sé es que debo llevarle ante el teniente y eso es lo que voy a hacer, de manera que no se ponga tonto. Vamos, Mr. Brook, la señorita le esperará, creo yo…

Rio tontamente y guardó el estuche. Al hacerlo, Gerry pudo ver la negra culata de un revólver de gran calibre.

Mira dijo:

—No te preocupes, Gerry. Voy a hablar con papá. Él lo arreglará

todo…

Saltó del taburete, pero el músico la sujetó por el brazo.

—No te alborotes. Debe tratarse de alguna declaración sin importancia, aunque maldito si sé qué clase de declaración puedo prestar yo. Pero no quiero que armes jaleo con tu padre. ¿Comprendido?

—Pero él tiene los mejores abogados de la ciudad…

—No necesito ningún abogado. No pueden acusarme por tocar la trompeta mejor que nadie, ¿no es así, Mira? —terminó, riendo.

—¡Gerry!

Él le palmeó cariñosamente la mejilla y se apartó del mostrador.

—Podemos irnos, agente. Aunque precisamente esta noche… ¡Vaya una jugarreta!

—Sargento Ross si no le importa, Mr. Brook.

—¿Qué?

—Nada de agente.

—¡Oh, comprendo!

Se echó a reír y siguió el sargento hacia la salida.

CAPÍTULO II

—Me llamo Maclaine —se presentó el teniente—. Siéntese, Mr. Brook.

Gerry se acomodó frente a la mesa. El sargento Ross sacó un cigarrillo, retrocedió hasta la pared y allí lo encendió, quedándose inmóvil y silencioso.

El músico advirtió:

—Le agradeceré que sea breve, teniente. Precisamente esta noche tengo prisa.

—¿Por qué?

Algo desconcertado, Gerry gruñó:

—No veo que le importe mucho, pero se lo diré… Mi esposa está esperándome.

Notó un leve sobresalto en el policía. También advirtió la rápida mirada, que se cruzó entre el teniente y el sargento. Después, Maclaine dijo suavemente:

—Precisamente es de ella de quien deseo hablarle.

Gerry se levantó de un brinco.

—¿Qué diablos pasa aquí, teniente, le ha sucedido algo a mi mujer?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabe? Creo que tratan de burlarse de mí o que están locos… Si no sabe si algo le ha pasado a Kathryn, ¿qué tiene que decirme de ella y por qué me ha hecho venir aquí? Vamos, acláreme eso de una maldita vez.

—Será mejor que se siente de nuevo y trate de tomar las cosas con calma, Mr. Brook…

—Déjese de rodeos.

—¡Siéntese!

Tras una vacilación, Gerry se dejó caer en la silla y se quedó mirando al policía, rígido y con un peligroso brillo en sus ojos acerados.

El teniente Maclaine carraspeó. Maquinalmente, sacó un negro cigarro puro de un cajón y lo colocó entre sus dientes. Luego habló con voz un tanto monótona, pero a través de la cual una tensión inexplicable delataba que el asunto, para él, no tenía nada de monótono:

—Voy a hacerle algunas preguntas, Mr. Brook, y le agradeceré que las responda sin rodeos y sin pretender explicaciones complementarias. Todo lo que debe ser explicado lo será después,

tan pronto terminemos con el interrogatorio. ¿Comprendido?

—No. Se me antoja una arbitrariedad lo que está usted haciendo. No tiene derecho a interrogarme sin una razón clara y justificada.

—Escuche, y no me haga perder más tiempo. Solo al hecho de que es usted una figura pública, un músico de talla nacional, se debe el que le haya hecho venir aquí y que nuestra conversación se desarrolle sin testigos ni publicidad de ninguna clase. Yo mismo he escuchado sus discos con placer y mis hijos son furibundos admiradores suyos, ¿comprende? Tal vez por eso quiero darle toda clase de facilidades y...

—Es una manera un tanto sorprendente de demostrarme su admiración, teniente —le atajó el músico, empezando a perder la calma—. Vaya al grano de una vez.

—*Okey,* si lo quiere así... ¿Qué sucedió ayer entre usted y su esposa?

Gerry se quedó mudo de estupor. Durante unos segundos no atinó a replicar, pero pasado este momentáneo desconcierto le espetó al policía:

—¿Pretende meterse en mi vida privada?

—En absoluto. Quiero saber qué pasó ayer en su casa.

El músico titubeó, luchando con sus deseos de mandar al infierno al policía, sin embargo, pensó que en el fondo de todo aquello debía encontrarse un motivo poderoso y decidió terminar cuanto antes.

—Está bien —cedió al fin—; tuvimos una discusión, eso es todo.

—Ya veo... ¿Muy violenta?

—Mi esposa tiene un genio vivo, gritó y yo perdí los estribos. Resultó una buena pelotera, pero no pasó de ahí. Por la noche todo había pasado.

—¿La golpeó usted en algún momento de la disputa?

—¡Maldito sea, no! ¿Por quién me ha tomado? Jamás podría hacerle ningún daño a Katty. La amo demasiado. Por otra parte, en todos los matrimonios existen esas discusiones de vez en cuando.

—Según mis noticias, esa rebasó todos los límites. Y tengo entendido que incluso la golpeó.

—Ya le he dicho que...

—Sonó un estrépito en plena disputa —prosiguió Maclaine, sin hacer el menor caso de las negativas del músico—. Un ruido violento, como el de un cuerpo al caer al suelo, y con la caída se rompió algún cacharro de cristal. ¿Va a negar eso también?

Gerry sintió que no iba a poder contenerse por mucho más tiempo, pero tragó aire en un esfuerzo por retener la ira y gruñó:

—Se rompió un jarrón de cristal tallado... cayó al suelo.

—¿De veras?

—¡Oh, condenado sea usted! El jarrón estaba encima de la chimenea. Yo lo tiré con el codo inadvertidamente y se hizo añicos contra el suelo, eso fue todo.

—Para mí no es todo, Mr. Brook. El estrépito de cristales rotos puso fin definitivamente a los gritos y a la disputa. Resulta muy curioso... Usted y su esposa están peleándose como perro y gato, muy bien. La cosa dura más de un cuarto de hora y lleva trazas de no terminar en toda la noche. Y de repente suena un golpe, se rompen unos cristales y los gritos y alboroto cesan en el acto, absolutamente, sin que vuelvan a reproducirse en el resto de la noche... No deja de ser sorprendente.

—No puedo comprender a qué viene todo esto —refunfuñó Gerry, cada vez más desconcertada—. ¿Es que Kathryn ha presentado una denuncia contra mí por algo que yo he hecho?

—No. Ni siquiera conozco a su esposa, Mr. Brook.

—Entonces no tiene sentido... ¿Cómo puede usted saber todos esos detalles de lo ocurrido? Y, lo que es más sorprendente todavía; ¿por qué se interesa tanto por una cosa sin importancia como esa?

—Yo no creo que sea algo sin importancia, amigo mío. Ese jarrón, o florero de cristal, ¿lo tenía usted en mucha estima?

—Bueno... era uno de los regalos que nos hicieron para la boda. Era muy valioso si es eso lo que quiere saber.

—¿Valioso monetariamente o de modo sentimental?

—De ambas maneras. Era de cristal de Bohemia, exquisitamente tallado. Y era un regalo de la madre de Kathryn, de manera que los dos lo teníamos en gran estima.

—Ya veo... y me resulta todavía más sorprendente que después de romper usted un objeto tan valioso para su esposa ella cesara de gritar y alborotar. Lo lógico sería suponer que, ya furiosa por la violenta disputa que estaba sosteniendo con usted, su indignación subiera de tono ante el estropicio, ¿no cree?

Gerry se levantó despacio, tenso y furioso, y, apoyando las manos sobre la descolorida mesa, se inclinó sobre el teniente y le espetó entre dientes:

—¡Ya basta, polizonte! Quiero una explicación de todo esto o me largo de aquí ahora mismo. Ya estoy harto, ¿comprende? ¡Harto!

—Siéntese y no se ponga nervioso. No hemos hecho más que empezar. Su esposa ha desaparecido, ¿lo sabía usted, Mr. Brook?

La brutal revelación, tan inesperada en medio del, para él, incomprensible interrogatorio, dejó al músico sin habla. Poco a poco, volvió a sentarse y el temor, la incertidumbre, se reflejó en sus pupilas.

Balbuceante, su voz apenas fue comprensible cuando murmuró:

—¿Desaparecido... Katty?

—Eso he dicho.

—Absurdo... Tenía que esperarme...

—Será preferible que me cuente las cosas por orden, Mr. Brook. Tenemos fundadas sospechas de que a su esposa le sucedió algo anoche, durante su disputa con usted. No son más que evidencias, naturalmente, y cualquier abogado podría obligarnos a cesar este interrogatorio hasta tanto no pudiéramos reunir pruebas más concretas, pero eso no le beneficiaría a usted en absoluto. No tardaríamos en poseer todo lo necesario para una acusación... si es cierto que golpeó a su mujer.

—¡Están locos! ¿Pretenden acusarme de la desaparición de Katty?

—Poco más o menos, ese es el principio de la idea, a menos que usted colabore y pueda disipar todas nuestras dudas. ¿Quiere usted explicarse con toda sinceridad?

—Es la cosa más idiota que he oído en mi vida. Katty es para mí el Universo entero, la meta de todos los sueños de mi vida. No sería capaz de hacerle ningún daño aunque quisiera hacérselo.

—Eso dice usted. Lo que yo quiero oír es la historia completa de lo ocurrido anoche.

Gerry se dejó caer contra el duro respaldo de la silla. Le parecía estar sumergido en una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento, una de esas pesadillas absurdas, sin sentido ni lógica, que se olvidan tan pronto uno abre los ojos.

Pero él los tenía abiertos y clavados en la ruda cara del policía. Era indudable que no estaba soñando.

—Bueno, creo que si deseo largarme de aquí de una maldita vez tendré que contárselo a usted —refunfuñó al fin, a regañadientes y notando una creciente inquietud.

—Muy bien, puede empezar cuando guste. Pero antes, dígame: ¿Cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

—Casi un año... Once meses exactamente.

—*Okey,* adelante, Mr. Brook.

Este aspiró profundamente, en un vano intento por relajar sus tensos nervios. Y empezó a hablar con voz alterada, aunque perfectamente audible:

—La discusión empezó por la alfombra...

—¿Qué?

—Acababa de hacer unas rectificaciones en unas partituras. Estaba sentado en una butaca del salón y al disponerme a enroscar la tapa del tintero este escapó de mis dedos y la tinta se esparció por la alfombra. Kathryn estaba orgullosa de su alfombra persa y me reprochó ásperamente mi descuido. Eso desencadenó la tormenta,

¿comprende? Yo llevaba incontables horas trabajando en unos arreglos orquestales para mi actuación de mañana en la televisión. Depende mucho de ese concierto, no solo para mí, sino para mis compañeros…

—Continúe.

—Sí… Bueno, el caso es que estaba cansado, con los nervios excitados y eso hizo que las palabras de mi esposa acabaran de sacarme de quicio. Respondí con cierta violencia… ella me replicó y ya estuvo liada la discusión. Pero después me di cuenta de la estupidez que aquello representaba. En otras circunstancias, ni siquiera le habría replicado, puesto que ella tenía razón al reprocharme que le hubiese echado a perder su alfombra persa. Todo se debió a mi cansancio y al estado de nervios con que me encontró al volcarse el tintero.

—Ya veo… Siga, por favor —le apremió el teniente al ver que se había detenido.

—¿Qué más quiere que le diga? Estuvimos discutiendo un buen rato. Yo me había levantado y estaba apoyado en la chimenea cuando, al hacer un brusco movimiento, tiré el jarrón de cristal que se hizo polvo contra el suelo. Eso puso punto final a la disputa. Katty se quedó muda, mirando con ojos incrédulos el estropicio, moviendo los labios, pero sin voz con que hacer patente su reproche… y de repente se echó a llorar. Me acerqué a ella, la abracé y estuve esforzándome para consolarla… Ya sabe usted lo que es eso, teniente. Toda mi ira se esfumó como por ensalmo al ver las lágrimas, y a ella debió sucederle poco más o menos lo mismo, aunque me costó un buen rato calmarla. Pero una vez conseguido, nos besamos y asunto concluido.

Maclaine se echó hacia atrás. Tenía los ojos entrecerrados y fijos en el músico. Entre dientes masculló:

—Continúe.

—¿Cómo que continúe? Le he contado todo lo que pasó…

El policía sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, Mr. Brook —dijo—. No lo ha contado usted todo. Hay algo más todavía.

—No comprendo… ¿He de detallarle también cómo hicimos para reconciliarnos? Katty es mi esposa, no lo olvide.

—Es usted quien no debe olvidarlo, amigo mío. Usted salió de su casa por la puerta de la cocina llevando un gran bulto cargado sobre el hombro, y con su carga se dirigió al garaje que hay al fondo del jardín. ¿No es verdad?

Estupefacto, Gerry se quedó con la boca abierta. Por primera vez, toda la monstruosidad de lo que se sospechaba de él penetró en su mente y le aturdió como si acabaran de golpearle con un mazo.

Luchó con tocias sus fuerzas para vencer el estado de aturdimiento en que ese descubrimiento le había sumido y al fin pudo articular:

—Usted... usted pretende acusarme del asesinato de Kathryn...

—Hasta ahora no he dicho eso. Espero sus explicaciones y después veré lo que debo hacer.

—Es ridículo... absurdo imaginar semejante cosa... —se interrumpió de repente y un relámpago centelleó en su mirada—. ¡Condenación! Ya comprendo... *Mistress* Perry... esa bruja...

Maclaine se enderezó, dejando de lado su aparente abulia.

—¿Qué dice? —gruñó, inclinado sobre la mesa.

—La fisgona Mrs. Perry, nuestra vecina. Siempre está metiendo las narices en casa de los demás. Apuesto que anoche estuvo pegada a la ventana, escondida detrás de sus cortinas floreadas, escuchando y fisgando para poder chismorrear por todo el barrio. ¡Maldita sea su estampa, ella ha armado todo este embrollo!

—Sigue sin explicar el bulto que sacó de la casa.

—¿No lo comprende todavía, estúpido? —gritó Gerry, exasperado—. ¡Era la alfombra! Estaba hecha un desastre con toda la tinta y después de reconciliarme con Katty ella me pidió que la sacara del salón, de manera que la enrolló, me la cargué a la espalda y la trasladé al coche para no olvidarme de llevarla a restaurar esta mañana.

—Comprendo. Según usted, lo único que sacó de la casa fue la alfombra.

—Eso es.

—Enrollada.

—Naturalmente. ¿Cómo quiere usted sacar una alfombra de gran tamaño de una casa?

—No me he detenido a pensar en eso —refunfuñó Maclaine—. Lo único que sí he pensado es que dentro de una alfombra enrollada cabe perfectamente un cuerpo humano, sobre todo si se trata de alguien delgado, esbelto como creo que era su esposa.

—Ella “es” delgada —rectificó Gerry, enfurecido—. Creo que ya hemos llegado demasiado lejos. Voy a darles otras cosas en que pensar cuando salga de aquí, teniente. Presentaré una demanda contra ustedes y contra esa vieja fisgona que...

—Yo no he mencionado a esa Mrs. Ferry, Mr. Brook.

—No hace falta que lo haga, yo...

—¡Basta!

El gruñido del policía le interrumpió. Era indudable que el teniente no bromeaba. Ya no había el menor rastro de amabilidad cuando añadió:

—Usted sacó la alfombra. ¿Cuándo la ha llevado al tinte?

—Esta mañana temprano.

—¿Tiene el boleto de resguardo?

—Claro.

—Démelo.

Gerry sacó la cartera y de ella un papelito azul, que entregó a Maclaine, quien dijo entre dientes:

—Comprobaré eso de la tinta... puede que haya otra clase de manchas en esa alfombra.

Gerry se encogió de hombros. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban de su frente y todos sus nervios estaban tensos como cuerdas de violín, pero el mismo furor que le poseía lograba mantenerlo alerta y pronto para las respuestas.

El teniente prosiguió con el interrogatorio.

—Voy a concederle el beneficio de la duda hasta el final, Mr. Brook. Usted es una persona inteligente, de manera que se dará cuenta de cómo están las cosas. Si lo que dice usted es cierto, ¿dónde está ahora su esposa?

—Debería estar en casa. Anoche quedamos en cenar solos... es viernes y...

—¿Qué tiene que ver el día de la semana?

—Se lo diré —murmuró el músico cansadamente—. Debido a mi profesión, los sábados y domingos tengo que trabajar, actuar continuamente, de manera que no puedo estar al lado de mi mujer los fines de semana... Ya sabe, los ensayos, arreglos y demás me absorben totalmente esos días. Eso hace que Katty se quede sola y no le gusta, le pone frenética permanecer sola en casa, sin nada que hacer ni nadie con quien hablar o reír o... En fin, desde hace algún tiempo decidió que los fines de semana iría a pasarlos a Middletown con su madre.

—Bueno, eso no explica esa especie de cita de los viernes por la noche.

—Una especie de rito... podrá parecerle ridículo si quiere, pero para nosotros es una cita, ¿comprende? Cada semana, excepto contadas ocasiones en que ella se queda en casa, Katty prepara la mesa con dos cubiertos, candelabros y todos esos pequeño detalles que tanto les gustan a las mujeres...

—Una cena de enamorados —carraspeó el sargento desde la pared, hablando por primera vez.

Gerry asintió con un gesto.

—Eso es —murmuró—. Cenamos, ya tarde, y después nos quedamos sentados en el diván viendo un rato la televisión, a oscuras. Representa una suerte de amorosa despedida hasta la semana siguiente, eso es todo.

—Comprendo —dijo Maclaine—. Y hoy es viernes... sin embargo ella no está en su casa.

—No puedo creerlo. Anoche no quedó ninguna sombra entre nosotros…

—¿Cuándo ha visto a su esposa por última vez?

—Esta mañana. Cuando me he levantado ella dormía aún. No he querido despertarla.

—¿No ha vuelto a su casa en todo el día?

—No. Teníamos ensayo, una entrevista con nuestro agente, una comida con los patrocinadores del programa de mañana noche… He estado todo el día ocupado. Aunque ella ya sabía que yo no podría volver a casa hasta la hora de nuestra cena.

—Bien, una última pregunta y nos iremos. ¿Existe algún seguro a nombre de su esposa, Mr. Brook?

Este se sobresaltó, pero estaba demasiado preocupado para intentar otra discusión.

—Sí —afirmó—. Tenemos suscritas pólizas a favor de ambos. Cien mil dólares.

—Aclaremos esto… Si ella muere usted cobra cien mil dólares. ¿Es así?

—Exactamente, pero si yo muero antes es ella quien cobra esos cien mil dólares. Fue una de las primeras cosas que hicimos después de casarnos.

Maclaine se levantó pesadamente, como si estuviera muy cansado.

—Bueno, vamos a ir a su casa, Mr. Brook. Quizá su esposa le haya dejado alguna nota… ¿No acostumbra a hacerlo cuando se ausenta sin que lo sepa usted?

—Nunca se ha marchado sin decírmelo. ¿Cómo saben que no está esperándome?

—Porque hemos llamado repetidamente sin obtener respuesta, y porque no hay ni una luz en toda la casa. Además, he dejado a uno de mis hombres en la calle para que pudiera llamarme si ella regresaba entretanto.

—Algo debe haber sucedido…

El pálido rostro de Gerry Brook parecía una más; cara de inquietud, de incertidumbre mortal. Los dos policías le llevaron hasta un coche y sin pronunciar una palabra más el auto salió disparado rumbo a Queens.

CAPÍTULO III

—Bien —gruñó el teniente tras una búsqueda infructuosa por toda la casa—; no hay ninguna nota diciéndole dónde ha ido...

Inquieto y alarmado, Gerry se dejó caer en una butaca.

—Estoy seguro que algo le ha sucedido a Kathryn —murmuró con voz ronca—. No se hubiera marchado sin avisarme. Solo tenía que llamarme por teléfono...

—¿Sabía ella dónde podía encontrarle, Mr. Brook?

—Bueno... conocía los lugares que tenía que frecuentar... el salón donde ensayamos, los estudios de televisión y la oficina de mi agente... Podía buscarme en cualquiera de esos sitios.

—Y de no hallarlo en ninguno de ellos lo más natural es que hubiese dejado una carta, ¿no le parece?

—Tal vez... ¡Eli, un momento! —exclamó el músico de repente.

Se precipitó al teléfono y marcó un número con dedos temblorosos. Mientras aguardaban que se estableciese la comunicación aclaró:

—Todos los días viene una mujer para hacer la limpieza... Mrs. Greene...

Maclaine se levantó, vivamente interesado. Gerry prestó atención al teléfono cuando escuchó la voz de mujer al otro lado.

—Le habla Gerry Brook, Mrs. Greene —dijo—. ¿Ha venido usted esta mañana a mi casa?

—Como de costumbre —dijo la voz incolora en el auricular—. ¿Por qué, Mr. Brook, pasa algo malo?

—No, no, tranquilícese... Solo deseo saber si mi esposa le ha hecho algún encargo especial para mañana.

—No, nada. Ni siquiera la he visto hoy. ¿Es que da usted una fiesta o algo así? Si me necesita vendré más temprano y prepararé lo que haga falta...

—¡No, no, nada de eso, Mrs. Greene! ¿A qué hora ha venido esta mañana?

—Poco más o menos como de costumbre; a las once. Y me he marchado a las dos tocadas. Hoy era día de limpieza general, ya sabe.

Desalentado, Gerry inquirió todavía:

—¿No ha encontrado algún sobre, una carta para mí en alguna parte de la casa?

—No. ¿Qué sucede, Mr. Brook? Me parece muy extraño que me llame para preguntarme estas cosas...

—No tiene importancia... Gracias, Mrs. Greene.

Colgó el auricular y se quedó inmóvil, con un tumulto de pensamientos inquietantes asaltándole sin tregua. Ahora estaba seguro de que algo no marchaba como era debido.

—¿Qué le ha dicho esa mujer? —quiso saber el teniente.

Gerry le contó la conversación sostenida. Su voz era apenas un murmullo.

Maclaine dijo:

—Ahora ya sabemos que a las once su esposa no estaba en casa. Y nadie ha vuelto a verla desde primeras horas de la noche de ayer. ¿No le parece que tengo motivos suficientes para preocuparme por la desaparición de su mujer, Mr. Brook?

—Yo estoy mucho más preocupado que usted —refunfuñó este.

—Voy a efectuar un detenido registro de la casa si no tiene inconveniente. Claro que si lo desea puedo proveerme de un mandamiento judicial en regla...

—¿Para qué? Haga lo que guste. Tengo mucho más interés en la búsqueda del que pueda tener usted.

Maclaine dio rápidas instrucciones al sargento, quien, como de costumbre, se había mantenido en segundó plano, y esperó a que su subordinado desapareciese escaleras arriba antes de indagar:

—¿Qué se hizo de los pedazos de cristal?

—¿Qué?

—Los trozos del jarrón roto.

—Oh, Katty los recogió. Supongo que los tiraría a la basura.

—Lo cual quiere decir que la mujer de la limpieza ha entregado la basura esta mañana de manera qué no será posible encontrarlos...

Gerry se encogió de hombros. Maldito si le importaban unos pedazos de cristal cuando la inquietud por la extraña ausencia de Katty ponía estremecimientos en todo su cuerpo.

Cuando miró a su alrededor vio que estaba solo. En el piso de arriba resonaban los pasos del sargento yendo de una parte a otra, abriendo y cerrando cajones y armarios...

En la cocina, el teniente Maclaine debía estar haciendo lo mismo a juzgar por los rumores que llegaban hasta él.

¿Dónde estaba Kathryn?

Gerry se levantó de un salto, incapaz de permanecer más tiempo inmóvil. Deseaba hacer algo, moverse, buscar a su mujer... Pero, ¿cómo hacerlo?

Era absurdo que pudieran sospechar de él. Ridículo... Y todo por culpa de aquella vieja fisgona de al lado, la maldita harpía siempre pegada tras las cortinas, espiando, murmurando...

Recordó el escándalo que se había armado cuando comentó

públicamente, con grandes espavientos, que Kathryn andaba por el jardín solo con un traje de baño de dos piezas… Cuando la muchacha se enteró estuvo a punto de arañar a la maldita vieja…

Gerry se paseó de un lado a otro, fumando cigarrillos, gruñendo entre dientes y esforzándose por calmar su creciente inquietud.

No habría podido decir cuánto tiempo había transcurrido desde su llegada a la casa cuando el teniente Maclaine regresó, procedente de la cocina.

—Me he permitido echar un vistazo en el garaje. No hay ningún coche en él.

—Naturalmente que no. El auto ha quedado en el aparcamiento del *The Corsair.*

—O sea, que lo llevaba usted…

—Claro.

—Esos viajes de fin de semana… los de su esposa, ¿les hacía con el auto o en tren?

—Casi siempre en tren. Middletown no está muy lejos después de todo.

—Ya veo… En fin, he tenido suerte, Mr. Brook. Al lado del garaje, en un gran cubo, había un poco de basura y un montón de cristales. Pedazos de vidrio como este por ejemplo…

Le mostró un trozo de cristal de agudas puntas. Gerry asintió con un gesto.

—Es un pedazo del jarrón. No hay más que ver las tallas…

—¿Está seguro?

—Sin ninguna duda.

Maclaine llevaba el cristal en un papel. Tanto uno como otro se veían sucios por haber estado en la basura.

—Ya lo imaginaba —dijo, satisfecho—. Pero este descubrimiento no hace más que complicar su situación, amigo mío… Hay sangre en el cristal.

Lo anunció con voz suave, sin dramatismo alguno. Pero para Gerry significó lo mismo que un puñetazo en el plexo solar. Abrió la boca y se quedó mirando lo que el policía sostenía en la mano con ojos desorbitar dos.

—¡Sangre…! —balbuceó finalmente.

—Eso es, Mr. Brook. Supongo que no tendrá también una explicación para eso…

—¡Cielos, qué estúpido soy! —estalló Gerry de repente—. Había olvidado que Katty se hizo un corte en la mano al recoger los fragmentos de cristal…

Maclaine apretó las mandíbulas.

—Tiene usted una mente muy rápida, amigo…

—¿Cree que miento?

El sargento apareció descendiendo las escaleras. Blandía un niquelado revólver del “32” en la mano.

—Eso es todo lo que he encontrado, teniente —anunció, satisfecho.

—¿Está cargado, sargento?

—Sí, señor. Seis cartuchos.

—*Okey* —se volvió hacia Gerry—. ¿A quién pertenece el revólver, a usted o a su esposa?

—Es mío. Tengo licencia de armas...

—Bueno, de momento deje usted ese chisme donde lo ha encontrado, sargento. No podemos llevarnos nada sin un mandamiento de registro en toda regla. Los abogados hacen diabluras después, de manera que va a encargarse usted de buscar al juez y que le firme uno, ¿comprendido?

—Sí, teniente... Lo haré inmediatamente.

El sargento corrió escaleras arriba. Maclaine se enfrentó con el músico. Su rostro ya no conservaba ningún vestigio de amabilidad ni consideración. Era duro y sus pupilas entrecerradas parecían las de un ave de presa.

—Va a venir conmigo una vez más, Mr. Brook. Iremos a ver al dueño de la tintorería donde ha dejado usted la alfombra.

—¿A estas horas?

—Lo sacaré de la cama si es precisó.

—¡Pero es absurdo, teniente! La sangre de ese trozo de cristal debe haber sido dejada en él por Katty, cuando se cortó anoche...

—Seguro que es de su esposa —refunfuñó Maclaine—. Lo que ya no me parece tan seguro es que la sangre proceda de su mano... Quizá la haya también en la alfombra, ¿no cree usted?

El sarcasmo de su voz hizo pegar un respingo al músico.

—Usted sigue creyendo que yo la maté, ¿no es cierto?

—Pudo hacerlo por lo menos. Como también pudo envolverla con la alfombra, cargarse el bulto al hombro y depositarlo todo en el garaje.

—Está rematadamente loco... ¿Dónde está el cadáver en este caso? No estará todavía dentro de la alfombra...

—Puede estar enterrado en cualquier paraje desierto. Hay unas hermosas dunas en la costa. Todos los pistoleros de la ciudad las han utilizado alguna vez, y los periódicos lo han comentado, de manera que usted puede haber pensado que era una gran idea utilizarlas también. Después podía entregar la alfombra con toda tranquilidad.

Gerry se llevó las manos a la cabeza con desespero.

—¡Es monstruoso, maldito sea usted! Amo a mi esposa, ¿quiere depositar esto en la cabeza, si es que el serrín le permite meter algo

en ella? Nunca le haría ningún daño.

—Eso ya lo ha dicho antes. Empieza usted a repetirse, Mr. Brook. ¡Sargento!

El vozarrón retumbó por toda la casa. El sargento Ross apareció en las escaleras y las bajó a saltos.

—Va usted a buscar un taxi y se irá con él en busca de ese mandamiento de registro legal. Yo me llevaré el coche.

—Perfecto, señor. Este... quiero decirle algo antes de irme. Este individuo estaba en el cabaret muy amartelado con una chiquilla de ensueño, teniente. Una de esas muñecas que no las tienen ni en Hollywood.

Maclaine respingó.

—¿Qué está diciendo, una chica?

—¡Y qué chica!

—¿Por qué no lo ha mencionado hasta ahora?

—No quería embrollar más el asunto. Si se descubría que todo era una falsa alarma... en fin, usted comprende.

—Sí, ya lo creo que comprendo... ¡Largo de aquí, sargento!

El hombre salió de estampía y el teniente miró acusadoramente a Gerry, como si acabaran de proporcionarle la evidencia que necesitaba.

—Así que matando el tiempo con una chica, cuando según usted tenía mucha prisa por venir aquí a reunirse con su amante esposa...

—Cierre la boca, polizonte, o le haré tragar los dientes. Esa chica de que está hablando es la hija del propietario del cabaret. No es más que una niña... tiene diecinueve años. Yo le debía una bebida y...

—Ahórrese los detalles. Ya tendrá ocasión de exponerlos más tarde. Ahora tenemos otra cosa que hacer. Andando.

Casi lo empujó hacia la salida. El mismo teniente se encargó de cerrar la puerta, aunque dio la llave a Gerry, diciéndole al mismo tiempo:

—Créame que lamento que sea usted quien está metido en esto. Era mi trompeta preferido. Mis chicos tendrán un disgusto cuando lo sepan...

—Seguiré siendo el mejor trompeta de *Jazz* de todo el país, teniente, tan pronto encuentre a Katty. Y entonces lamentará usted otras cosas que no tendrán nada que ver con la música.

—Sí, ya sé...

Manejó el coche, pero antes de enfilar la carretera consultó el papelito azul que Gerry le diera, leyó la dirección del taller donde el músico había llevado la alfombra y tras esto hundió el acelerador.

—Rece para que no haya sangre en la alfombra, Brook —refunfuñó.

Gerry no dijo una palabra. Se echó atrás y apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos. Dentro de sus retinas, creía ver la hermosa imagen de Kathryn que le tendía los brazos en demanda de socorro...

CAPÍTULO IV

El propietario de la tintorería estaba de mal humor y no se preocupaba en absoluto de disimularlo. Le habían sacado de la cama a semejantes horas y eso era algo que no le perdonaba a nadie, por muy polizonte que fuera.

—Es una arbitrariedad —seguía refunfuñando mientras abría la puerta de la tienda—. Podía haber esperado usted a mañana.

—Déjese de gruñir y abra esa maldita puerta de una vez —estalló el teniente, cuya impaciencia crecía por momentos.

A su lado, Gerry comenzaba a dejarse dominar por el temor. A su aturdida mente acudían historias que había oído contar alguna vez sobre inocentes condenados por falsas pruebas, o incluso por simples evidencias circunstanciales... ¿Podrían hacer lo mismo con él?

La puerta chirrió y dejó ver el negro interior. Maclaine casi empujó al adormilado hombrecillo y antes de entrar esperó a que Gerry lo hiciera primero. Entonces cruzó el umbral y aguardó a que se encendieran las luces.

—No he tocado esa alfombra todavía —informó el tintorero cuando, tras iluminar la tienda, pasó al otro lado del mostrador—. Este caballero me dijo que no tenía prisa y...

—Está bien, tráigala aquí. Es todo lo que deseo —refunfuñó el teniente.

De repente, un estremecimiento recorrió la espalda del músico. Pensó en las manchas de sangre halladas en los trozos de cristal, en el pequeño, pero profundo corte que Kathryn se hiciera en la mano... y la idea de que alguna gota de sangre pudo caer en la alfombra casi le puso los pelos de punta.

Y, por encima de todo esto, barriendo todo otro temor, ¿dónde estaba Katty? Sintió deseos de gritar contra aquel estúpido policía que perdía el tiempo tratando de acusarlo de semejante monstruosidad, en lugar de dedicar sus esfuerzos a localizar a la desaparecida...

El propietario de la tintorería surgió de las profundidades del almacén cargado con el gran rollo, que depositó sobre el mostrador.

—Aquí está —farfulló de mal talante—. Puede usted quedarse con ella y largarse de una vez, así quizá consiga dormir como una persona decente...

—Cierre el pico y ayúdeme a extenderla —le atajó el policía.

Entre los dos hombres dejaron la alfombra en el suelo. Maclaine

la hizo rodar hasta que estuvo totalmente extendida, mostrando la gran mancha de tinta rodeada de salpicaduras.

Se hizo el silencio, mientras el teniente se ponía de rodillas y comenzaba a examinarla pulgada a pulgada.

Gerry encendió un cigarrillo con dedos temblorosos, viendo al policía extender el radio de su búsqueda a toda la alfombra, tan inclinado sobre ella que más parecía un perro de presa husmeando un rastro que otra cosa.

De pronto, lo vio ponerse tenso y quedar inmóvil. Después, Maclaine gruñó:

—Ya lo imaginaba...

Y se levantó de un salto. Sus brillantes ojos se clavaron en el músico acusadores y fríos como un témpano de hielo.

—Sangre —dijo—. Pequeñas, parduscas y hermosas gotas de sangre, Mr. Brook. Veremos cómo se libra de esto.

—Ya le he dicho que se cortó una mano con los trozos de cristal, teniente. ¿Es que no puede comprender esto? ¡No le hice ningún daño a Katty, maldito sea usted! La adoro, ¿comprende? Desde que me casé con ella es todo mi horizonte, la fuerza que me empuja a vivir y triunfar para ofrecerle mis triunfos como un homenaje a nuestro amor...

—Muy poético, pero, la Ley no tiene nada de poética. Voy a quedarme con esta alfombra, amigo. Vuelva a arrollarla y átela con cualquier cosa.

Refunfuñando sus protestas, el tintorero obedeció prestamente, deseoso de librarse de semejante lío.

—¡Le digo que Katty debe estar en alguna parte! —gritó Gerry, fuera de sí—. ¡La obligación de usted es buscarla, no perder el tiempo con estas idioteces...!

—Seguro, seguro...

—¡Búsquela antes de seguir con esta mascarada!

—Ya lo haremos, Mr. Brook —asintió Maclaine pacientemente—. Y le aseguro que daremos con ella, aunque esté un par de metros bajo tierra.

Descorazonado y furioso, el músico contempló cómo la alfombra era cargada en el coche policíaco. Después de esto, el teniente esperó a que el tintorero hubiese cerrado la tienda antes de espetarle:

—Ni una palabra a nadie de lo sucedido, ¿comprende? Tendrá que prestar declaración e identificar la alfombra con las formalidades debidas y después le dejaremos tranquilo. Le mandaré a buscar por la mañana.

—Ya sé, ya sé. Vendrán a buscarme cuando más trabajo tenga pendiente. Voy a acostarme si no tiene nada más que decir... ¿O

quiere que le muestre el camino hasta el infierno, teniente?

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y se alejó. Maclaine dejó escapar una maldición y entró en el coche, después de empujar a Gerry delante de él.

—Tal vez sea usted inocente —refunfuñó—, pero todo lo que he encontrado hasta ahora me indica lo contrario, de manera que voy a proceder partiendo del supuesto que es culpable de asesinato, así que hágase a la idea de que las cosas van a ponérsele muy difíciles de ahora en adelante, Mr. Brook.

El aludido no dijo nada. Estaba inquieto por todo lo que sucedía, pero se sentía mucho más alarmado por la inexplicable desaparición de su mujer, de manera que todos sus pensamientos giraban en torno a ella y a las posibles causas de su ausencia. Estaba tan embebido por esas preocupaciones que no volvió a la realidad hasta que el auto se detuvo frente a la oscura fachada del edificio policíaco.

—¿Hemos llegado? —gruñó el teniente.

Entraron en el ancho vestíbulo. Maclaine dio órdenes para que la alfombra fuese retirada del coche y guardada con sumo cuidado hasta nueva orden. Después de esto, guio a Gerry hasta su despacho.

—Comience a hablar —dijo—, y dese prisa en hacerlo si quiere salir bien librado de esto. Una confesión a tiempo sirve de atenuante en el proceso. El fiscal apreciará su colaboración y usted se ahorrará infinitas molestias. No somos muy amables con los que intentan burlarse de nosotros…

—Le he dicho todo lo que había que decir. Exijo que hagan algo para localizar a Kathryn. Yo también tengo mis derechos, y le aseguro que los haré valer en cuanto salga de aquí. Todos los periódicos de la ciudad sabrán el atropello a que estoy siendo sometido y mis agentes se encargarán de darle suficiente bombo a la cosa para que usted y ese sargento de opereta tengan que esconderse en el fondo de las cloacas, que es el lugar que les corresponde. Y ahora voy a llamar a mi abogado. Esto ya ha durado bastante…

—No llamará usted a nadie hasta que yo haya terminado con usted. Ya le he dicho en su casa que estaba dispuesto a darle todas las oportunidades de convencerme de su inocencia. Usted me ha contado una historia muy bien tramada, pero poco convincente. Solo cuando se ha encontrado con las manchas de sangre ante las narices se ha acordado de la herida que su mujer se hizo en la mano… Y hay otros detalles muy confusos que no ha hecho usted más que embrollar.

—Muy bien, teniente. Si quiere las cosas por lo legal yo también

me mostraré legalista. A partir de este momento, soy sordo y mudo. Adelante con su famoso tercer grado y comience a elegir el lugar a que irá a esconderse cuando los diarios pidan su cabeza.

Maclaine hizo una mueca de disgusto. Le fastidiaba tener que llevar adelante un asunto semejante, pero honestamente creía que era su deber desentrañar el misterio, aunque solo poseyera débiles evidencias, y decidió continuar hasta el fin.

—Vuelva a contarme toda la historia, Brook —ordenó.

—Me niego a responder sin la presencia de mi abogado.

—No sea tonto. Eso no le llevará a ninguna parte.

Gerry se encogió de hombros.

Y siguió encogiéndose de hombros y manteniendo la boca cerrada durante la siguiente hora, mientras Maclaine le disparaba pregunta tras pregunta, todas ellas encaminadas a buscar posibles contradicciones a su primitiva declaración.

Al final, nadie hubiese podido decir cuál de los dos estaba más agotado y con los nervios más tensos.

Entonces llegó el sargento con el mandamiento de registro en toda regla. Maclaine gruñó con voz ronca:

—Tráigase un par de muchachos y encárguese usted del interrogatorio. Sabe casi tanto como yo del asunto, excepto lo de las manchas de sangre...

Y le contó lo encontrado en la alfombra. Tras esto se dejó caer cansadamente en el sillón y echó la cabeza hacia atrás. Secretamente, apenas sin atreverse a confesárselo a sí mismo, sentía una especie de admiración por Gerry Brook. Se mantenía entero a pesar de todo, nervioso, pero firme en su propósito. Y comenzó a inquietarse por lo que podía suceder cuando se viera obligado a soltarlo o a detenerlo. Sabía muy bien que no había base suficiente con que presentar una acusación. Y sin una prueba específica no hay detención posible...

Desde su sillón escuchó la interminable batalla entablada entre sus hombres y el músico. Ni siquiera consiguieron oír la voz de Gerry en la siguiente hora y pico.

—Basta —gruñó al fin—. Déjenlo que se cueza un poco en su propia salsa...

Volvieron a quedar solos y durante unos minutos Maclaine se contentó con mirar fijamente al detenido. Después preguntó:

—¿Cómo se siente?

La respuesta consistió en un encogimiento de hombros.

—Usted sabe que podemos ser mucho más rudos —añadió.

Silencio.

El teniente suspiró resignadamente.

—*Okey,* Brook. Vamos a hablar amistosamente. Demos por

sentado que su mujer sigue viva, que usted no la golpeó ni la mató, ¿dónde está ahora?

—No lo sé. Eso corresponde a la policía averiguarlo. Para eso cobran.

—Sí, seguro, naturalmente, para eso y algunas pequeñas cosas más... Pero usted debería tener una idea del posible paradero de ella...

—No la tengo.

—Haga un esfuerzo... piense...

—¿Cómo diablos voy a pensar si todos ustedes tratan de volverme loco? —estalló el músico—. ¿Cómo puedo pensar en nada más con la angustia que me domina? Tengo que buscar a Katty ya que no lo hacen ustedes... Déjeme salir de aquí, teniente, ¿comprende? Yo la buscaré...

—¿Dónde?

—No lo sé... tal vez en casa de su madre... —se interrumpió como herido por un rayo. Se levantó de un brinco—. ¡Claro, maldita sea! Allí debe estar.

—¿En Middletown?

—¡Naturalmente!

—Pero no tenía que ir allá hasta mañana...

—Puede haber cambiado de planes... Tal vez al despertar ha recordado lo que sucedió anoche y ha vuelto a enfadarse... Si se ha enfurecido puede haber decidido darme una lección... una pequeña venganza, ¿comprende?

—Comprendo que trate usted de escabullirse, pero le daré también esta oportunidad. Llamaremos por teléfono a su suegra, Mr. Brook. ¿Cuál es el número?

Lo anotó cuidadosamente en un papel antes de descolgar el teléfono y pedir larga distancia.

Maclaine no confiaba mucho en semejante trámite, pero consideraba que era su obligación efectuarlo y aguardó pacientemente a que alguien atendiera los continuos timbrazos, al otro lado de la línea.

—No parece haber nadie en la casa —comentó.

—Deben estar durmiendo... insista, teniente. Y si se pone red suegra córtele los gritos desde un principio o no le dejará meter baza.

—Es de esa clase de mujeres, ¿eh?

—Sí. No puede verme ni en pintura. No aprobó la boda de su hija conmigo... con un "músico".

—Ya veo... ¿Oiga?

Alguien había descolgado el teléfono. Tras el chasquido, una voz de mujer cargada de mal humor, gruñó:

—Mrs. Briant al aparato. ¿Quién llama?

—Le hablan desde Nueva York, señora —explicó el teniente—. ¿Está su hija con usted?

—¿Katty?

—¿Es que tiene otra?

—No, claro...

—¿Y bien?

—No... no ha venido todavía. Yo... bueno... espero que llegue mañana...

—¿Cómo sabe que irá mañana?

—Es su costumbre...

—Pero no está usted segura. ¿O sí?

—No, claro que no... ella, mi Katty, suele venir a verme y...

Maclaine empezó a preguntarse a qué obedecían las continuas vacilaciones de aquella mujer.

—Óigame —gruñó—. Le está hablando la policía de Nueva York. ¿Está completamente segura de que su hija no está en Middletown con usted?

—¡La policía, píelo santo! ¿Qué ha pasado? No me diga que ese "músico" le ha hecho algo a mi Katty...

—Yo no he dicho nada de eso, pero la estamos buscando a ella.

—Bueno, pues no está aquí, ya se lo he dicho. ¡Mi pobre niña! Seguro que ese salvaje...

—Volveré a llamarla mañana a mediodía, señora, para saber si su hija se ha reunido con usted. Gracias.

Y colgó para evitar toda pregunta por parte de la mujer.

Gerry Brook, muy pálido, estaba mirándole cuando se volvió hacia él.

—Ya lo ha oído —dijo—. No la ha visto tampoco.

—No lo puedo comprender...

Maclaine volvió a descolgar el teléfono y pidió comunicación con la central de policía de Middletown y esperó a tener al oficial de servicio al habla antes de expresarle lo que deseaba:

—Ella se llama Briant, Mrs. Briant —detalló—. Quiero que intenten averiguar todo lo posible sobre ella y su hija, una muchacha llamada Kathryn Brook y que pasa todos los fines de semana con su madre, ahí en Middletown... sí, un momento —apartó el auricular de la cara y preguntó a Gerry la dirección de su suegra. Después la transmitió a su oyente y terminó—: Si tienen los informes completos antes que yo vuelva a llamar mándemelos a mi despacho de la central, teniente Maclaine... y lleven este asunto con la máxima discreción, por favor...

Cuando hubo colgado suspiró.

—Ya ve que no dejo ningún cabo suelto. Puede ser que su mujer

esté en casa de la madre y no quiera ponerse en contacto con usted, para hacerle pagar los gritos de la otra noche… Aunque personalmente no lo creo, Brook. Sin embargo, no quiero que quede nada a dónde pueda usted agarrarse para buscarme complicaciones más adelante. Y ahora, vámonos.

—¿Qué pretende esta vez?

—Tengo un mandamiento de registro. Voy a aprovecharlo, pero ahora ayudado por técnicos. Pondré su casa patas arriba si es necesario.

Gerry se levantó, resignado y furioso a un tiempo.

—¿Puede decirme qué espera encontrar allí?

—No lo sé exactamente… Tal vez más huellas de sangre… o algo que haya podido servir de arma contundente, suponiendo que el arma no fuera el jarrón de cristal tallado. Debía ser muy pasado, ¿no es cierto?

—Váyase al infierno, teniente.

—Sí, bueno… andando —gruñó Maclaine, señalando la puerta.

Gerry Brook obedeció. Notaba que los nervios comenzaban a fallarle.

Miró su reloj. Eran las cuatro y cinco minutos de la madrugada.

CAPÍTULO V

Sentado en una butaca, Gerry fumaba en silencio, luchando con el creciente miedo que se apoderaba de él a medida que pasaba el tiempo de aquella interminable noche.

A poca distancia, matando el aburrimiento con una revista que había encontrado sobre la mesita del vestíbulo, un agente de paisano no perdía de vista al dueño de la casa.

Una leve claridad empezaba a insinuarse a través de los cristales de las ventanas. Por toda la casa resonaban los ruidos de los tres hombres que ayudaban al teniente Maclaine en su búsqueda de inexistentes pruebas de un crimen que no se había cometido. ¿Cómo podían ser tan estúpidos?

El músico aplastó el cigarrillo a medio fumar. La violencia de esta acción desparramó parte de las colillas que abarrotaban el cenicero y, mecánicamente, se entretuvo en recogerlas devolviéndolas al recipiente.

Sintió deseos de gritar. Sus nervios necesitaban una salida, una válvula de escape que los librase de la terrible tensión a que estaban siendo sometidos. Era insoportable. Una tremenda pérdida de tiempo mientras Katty podía estar en peligro quién sabe dónde...

Llegó a pensar en un secuestro, pero descartó la hipótesis por absurda. Los secuestradores no actúan a ciegas; estudian cuidadosamente la situación financiera de sus víctimas para tener la seguridad de obtener un suculento botín, y, si bien es verdad que a él no le faltaba el dinero, no tenía tampoco ninguna fortuna que pudiera tentar a alguien a realizar un plan tan arriesgado...

Encendió otro cigarrillo. Se levantó y dio unos pasos de un lado a otro, nervioso y excitado. Los fríos ojos del policía que le vigilaba acababan de sacarlo de quicio.

La luz en las ventanas adquirió un tono lechoso al avanzar la aurora. Gerry se quedó junto al ventanal y su mirada se clavó en la casa vecina, por encima del recortado seto que separaba los dos jardines.

“El cubil de la bruja”, se dijo con mal reprimido odio.

La vieja chismosa que había desencadenado la noche de pesadilla.

Aunque tenía que reconocer que la vieja chismosa no tenía nada que ver con la inexplicable desaparición de su mujer...

La seca voz de Maclaine le arrancó de sus inquietantes pensamientos:

—Será preferible que se siente, Brook. Debe estar agotado, y yo tengo todavía algo que preguntarle.

Se volvió en redondo.

—Esa canción vengo escuchándola durante toda la noche —farfulló, iracundo—. Estoy harto de tanta ineptitud por su parte.

—No le reprocho su actitud —el teniente sonrió y buscó asiento cerca del músico—. Creo que en su lugar yo haría poco más o menos lo mismo... ¿Todavía no se le ha ocurrido dónde puede estar su esposa, Brook?

—Ya empezamos otra vez —se quejó Gerry con voz sorda.

Maclaine suspiró. Por la escalera aparecieron sus ayudantes. No parecían muy satisfechos, aunque uno de ellos traía el revólver niquelado, que depositó sobre la mesa.

El teniente los despidió y esperó a que hubieran salido antes de reanudar el interrogatorio. El agente de paisano que había estado vigilando al músico siguió sentado en su butaca, al parecer totalmente absorbido por lo que estaba leyendo en su revista.

—Voy a hacer un breve resumen de cómo se presenta el asunto, Brook, y espero que preste atención...

—Probablemente me quedaré dormido en cualquier instante, pero adelante, teniente; demuéstreme lo listo que es usted...

—Creo que podré demostrárselo... Tenemos que entre usted y su esposa se desencadenó una violenta disputa. Sus gritos se oían perfectamente desde las casas vecinas y...

—Desde la casa vecina —le atajó Gerry con forzada suavidad—. Sobre todo, si la vieja harpía estaba pegada a la ventana escuchando.

—Démoslo por hecho. La vieja estuvo espiando. Por lo visto es una fea costumbre que tiene, pero que esta vez ha sido útil. Bien, oyó toda la disputa e incluso escuchó alguna de las violentas frases que se cambiaron entre usted y su esposa. Todo muy violento, demasiado violento si tenemos en cuenta que el motivo era una simple mancha de tinta en la alfombra.

—Ya le he dicho que yo tenía los nervios excitados. Estaba cansado. Hacía más de cinco horas que trabajaba en el arreglo de una partitura.

—*Okey,* usted estaba nervioso. Pero sigamos adelante. De repente, la vecina oye un golpe, un estruendo de cristales rotos y todo queda súbitamente silencioso. No más gritos, no más alboroto. Parece que la paz más idílica ha descendido sobre la casa. La vecina, alarmada, sigue pegada a su ventana, oculta por las cortinas, segura de que algo terrible ha sucedido... ¿Y qué es lo que ve desde su observatorio?

Gerry se contentó con un leve encogimiento de hombros. Estaba

tan cansado de todo aquello que ya no deseaba ni siquiera discutir.

—Con el alma pendiente de un hilo, distingue a su vecino que sale silenciosamente por la puerta de la cocina llevando un gran fardo cargado al hombro. Un bulto largo y pesado que muy bien puede contener un cuerpo humano. Sin atreverse casi a respirar, según sus propias palabras, sigue a su vecino con la mirada hasta verlo desaparecer dentro del garaje, donde apenas permanece unos minutos. Luego, lo ve salir y cerrar cuidadosamente con llave el garaje antes de regresar a la casa, donde todo sigue en el más absoluto silencio. Ya no vuelve a escuchar ninguna voz airada ni de ninguna clase. Tampoco vuelve a ver a Mrs. Brook, su hermosa vecina...

—Una historia muy dramática —rezongó el músico entre dientes, con amargura—. Sobre todo, para una vieja histérica, solterona, medio loca y resentida con todo el mundo... pero siga. Quizá descubra que descuarticé a mi víctima y enterré los pedazos en el jardín.

—No creo que llegase usted a tanto. Bueno, la mujer esperó más de una hora sin moverse de la ventana, pero vio cómo se apagaban las luces de esta casa y decidió acostarse. Sin embargo, no pudo dormir, segura de que algo había sucedido. Pero apenas amaneció, ya estaba levantada, dispuesta a aclarar sus dudas o a tranquilizarse si todo resultaba una falsa alarma. Pero ve a su vecino salir apresuradamente, sacar el coche del garaje y marcharse a toda velocidad. Dentro del coche viaja también el largo bulto que vio trasladar durante la noche.

—Y decide llamar a la policía, convencida de que los polizontes son tan estúpidos como ella y le liarán caso...

—No nos llamó todavía —le rectificó Maclaine pacientemente, casi sonriendo—. Lo que hizo fue esperar hasta las nueve y entonces decidió hacer algo por su cuenta. Entró en su cocina, tomó un azucarero, lo vació y vino a llamar a la puerta de esta casa con el pretexto de pedir un poco de azúcar. ¿Qué le parece eso, Brook?

Gerry pegó un respingo y sus ojos se desorbitaron.

—¿A las nueve? —balbuceó.

—Exactamente.

—Entonces... entonces vería a Katty... tenía que estar aquí todavía. Eran las ocho cuando la dejé dormida en su cama...

—Narices. No había nadie en la casa. La vieja se cansó de llamar a la puerta principal. Entonces se fue a la parte trasera y llamó por la cocina sin que nadie acudiera a sus llamadas. ¿No tiene usted también una explicación para esa ausencia de su mujer, Brook?

El músico sacudió la cabeza de un lado a otro, completamente hundido. Pero el teniente no había terminado aún, de manera que

prosiguió, con voz implacable:

—Fue en aquellos momentos, mientras estaba plantada ante la cocina, cuando pensó en llamar a la policía pero tuvo miedo, ¿comprende usted? Temió dar la cara. Por lo visto, ya había chocado algunas veces con usted y su esposa. Además, pensó en los relatos que había oído contar sobre demandas por difamación y todas esas cosas y volvió sobre sus pasos, envuelta en un mar de dudas. Pasó horas y horas sin decidirse, sentada en un sillón reflexionando sobre lo que debía hacer. Finalmente se decidió a consultar el asunto con otra vecina amiga suya y fue esta quien la animó a llamar a las autoridades. Sin embargo, era tanto su miedo que todavía tardó algunas horas en hacerlo, y ya era casi de noche cuando la denuncia llegó a mí. Y ahora, ríase si puede, Brook, porque por si algo faltaba en el cuadro hemos encontrado las manchas de sangre, los pedazos de cristal y la alfombra. Y el seguro como regalo.

Poco a poco, Gerry levantó la cabeza y sus ojos inyectados en sangre se clavaron en el policía.

—¿Qué tiene que ver el seguro, cree que maté a Katty para cobrarlo?

—Ha habido asesinos que han matado por mucho menos. Y ese seguro es de cien mil dólares... lo cual representa una bonita suma. Pero tal vez mató llevado por la exasperación de la disputa, sin pensar entonces en el seguro. Tal vez descubrió usted otra cosa comprometedora...

—Siga, siga; puede embrollar esto todo lo que quiera. ¿Qué pude descubrir, según usted?

—Tal vez sus esposa no le era fiel... podía estar engañándole con alguien y...

No pudo acabar. Gerry Brook se había levantado de un brinco y cuando Maclaine advirtió el peligro era demasiado tarde para él. El macizo puño del músico restalló contra su mentón, arrancándolo de la butaca como impulsado por un huracán.

El teniente aterrizó estrepitosamente sobre el suelo en el momento que Gerry saltaba otra vez sobre él, dispuesto a machacarlo. Pero el otro policía se interpuso, mientras su mano luchaba por sacar el revólver de su funda axilar.

El primer golpe le alcanzó cuando sus dedos se habían cerrado sobre la culata. Fue un buen directo que se aplastó contra su cuello. El hombre sintió como si su cabeza fuera a emprender el vuelo libre de ataduras. Le faltó el aliento y sus pulmones lucharon ruidosamente para encontrar un sorbo de aire. Una espesa neblina borró su visión y se derrumbó entre estertores agónicos sin tener siquiera el consuelo de gemir, puesto que no quedaba una molécula

de aire dentro de él.

Maclaine estaba ya en pie cuando el músico cayó sobre él otra vez. Esquivó el mazazo que iba dirigido a su cara y aplicó a su vez un potente golpe que frenó en seco la acometida de Gerry.

—Demasiado impetuoso, compañero —mascullό el teniente.

Se acercó al vacilante músico, dispuesto a descargarle otro estacazo para terminar con la trifulca. Pero se había confiado demasiado y la punta de un zapato que nunca supo de dónde surgió fue a incrustarse en su bajo vientre, casi levantándolo del suelo.

Cayó de espaldas, y sobre él se desplomó Gerry, cuyo puño derecho entró en contacto con su ya castigado mentón, donde explotó como una bomba.

La cabeza del teniente rebotó contra las baldosas. Eso fue más de lo que cualquier hombre normal puede resistir, de manera que sus ojos se velaron y quedó totalmente inmóvil, mientras Gerry se levantaba vacilante, repentinamente consciente de la gravedad de cuanto acababa de hacer.

Vio al otro policía que había logrado sacar el revólver de cañón corto, pero estaba casi desvanecido por la falta de aire en sus pulmones. Todo había sucedido con la velocidad del relámpago, en unos segundos.

Con la misma velocidad comprendió que si no hacía algo para evitar las represalias iba a verse metido en un lío del que nadie podría librarle...

Saltó hacia la mesita del teléfono. Por el rabillo del ojo vio el gesto vacilante y amenazador del agente, cuyo revólver oscilaba en su mano, y no dudó. Se desvió lo justo para conectar un zurdazo escalofriante a un lado de la cabeza del policía. Ni siquiera esperó a ver los efectos del puñetazo, sino que descolgó el teléfono y marcó frenéticamente el número de su abogado.

Tan pronto lo tuvo al habla no perdió tiempo contándole lo que sucedía. Solo le dijo que estaba en un grave apuro y que debía acudir inmediatamente a su casa, y que si tardaba no lo encontraría allí, sino en la Central sometido al tercer grado.

Dando muestras de su velocidad de reflejos, el picapleitos ni siquiera perdió el tiempo en despedirse. Colgó y eso fue todo.

Cansadamente, Gerry regresó a su butaca y encendió un cigarrillo. Volvió a levantarse poco después para apagar las luces, pues la claridad del día era suficiente para alumbrar la desordenada escena, y se hundió en el asiento esperando los acontecimientos.

El primero en dar señales de vida fue el teniente. Gimió dolorosamente y se removió, buscando una postura más cómoda. Gerry se preparó para lo que iba a venir.

En el mismo instante que Maclaine luchaba desesperadamente

para sentarse en el suelo sonó el timbre de la puerta.

Con una inmensa sensación de alivio, Gerry corrió a abrir para dejar paso a su abogado.

CAPÍTULO VI

El teniente Maclaine, sentado desmadejadamente en una butaca, había escuchado con forzada calma el largo alegato del abogado. De vez en cuando, con las puntas de los dedos, se acariciaba delicadamente su dolorida barbilla. Ni una sola vez había interrumpido al leguleyo.

En otra butaca, el agente recobraba energías aspirando aire como un fuelle, sosteniendo el revólver en la mano dispuesto a no dejarse sorprender por segunda vez.

El abogado remacho, como dando por terminado el asunto:

—Reconozca que no tiene ni una base legal con la que detener ni acusar a mi cliente y amigo, Gerry Brook. Es más; legalmente, se ha extralimitado usted, teniente. Ninguno de esos indicios le sirve para nada. También se ha saltado alegremente la Ley al impedir a míster Brook que se comunicase conmigo, sometiéndolo a semejante interrogatorio en plena noche sin asistencia legal alguna. Todo esto, bien manejado y añadiendo algunos argumentos más, puede proporcionarle muchos dolores de cabeza. ¿Se da usted cuenta de lo que quiero decir?

—Le escucharé cuando usted y su... "cliente y amigo", me traigan a Kathryn Brook vivita y coleando.

—La buscaremos, y presentaremos una denuncia por su desaparición para que la policía la busque, también, como es su deber, en lugar de contravenir las leyes acosando brutalmente a un ciudadano respetable.

—Pierde el tiempo, señor abogado. Voy a detener a míster Brook por agresión a la autoridad. ¿Le parece que eso puedo hacerlo? —preguntó con sarcasmo.

—Desde luego —asintió el abogado fríamente—. Pero en nuestra demanda haremos constar los graves insultos proferidos por usted contra la honorabilidad de *mistress* Brook y que provocaron la reacción de este. Cualquier juez considerará esto como una brutal provocación a la hombría de mi defendido.

—Ya veo... Uno podría creer que cualquier juez consideraría la infidelidad como grave motivo de asesinato en este caso concreto.

Gerry se envaró, dispuesto a saltar. Solo la mano firme del abogado le contuvo, obligándole a seguir sentado.

—Quieto, Gerry —murmuró su amigo—. Deja que el teniente acabe de comprometerse él mismo... Le obligaremos a demostrar lo que está diciendo. La difamación y el libelo son delitos gravemente

penados por nuestras leyes.

—¿Crees que voy a dejar que ensucie el nombre de Katty? —farfulló el músico violentamente.

Phil Wallis, el abogado, no perdía de vista el rostro del teniente. Había algo en la expresión sardónica del policía que le inquietaba. Tal vez fuese la seguridad de que Maclaine hacía gala a pesar de su posición o quizá su insistencia en la acusación de infidelidad a despecho de saber lo que arriesgaba con una falsedad de ese calibre…

Y lo que Maclaine dijo a continuación le aclaró un poco sus dudas.

—Lo demostraré, señor ahogado —gruñó el teniente.

Gerry tardó unos segundos en comprender el alcance de semejante afirmación. Y al comprenderlo brincó de la butaca igual que impulsado por un resorte.

—¡Le aplastaré la sucia cara, polizonte! —balbuceó, ciego de ira.

Las manos del abogado apenas lograron sujetarlo. Ninguno de los dos policías se movió, solo el revólver del agente se elevó unas pulgadas, rígido, apuntando a su pecho.

Cuando volvió a dejarse caer en la butaca, empujado por su amigo, Gerry estaba tan pálido como un cadáver y sus dientes rechinaban de furor. Abría y cerraba las manos como si tuviera entre ellas algo que aplastar.

—Adelante, Maclaine —dijo el abogado—. Aclare eso.

—¿Reconoce usted que la infidelidad de su esposa es un buen motivo para haber desencadenado la disputa y todo lo demás?

—No. Podría ser un motivo de disputa siempre que mi cliente supiera que su esposa le era infiel…

—¡Phil! —gritó el músico.

Wallis le hizo una seña para que se mantuviera al margen.

El teniente gruñó:

—¿No ha registrado usted nunca el armario de su mujer, Brook?

—¿Por quién me toma?

—Ese armario donde ella guarda sus ropas intimas, sus trajes de noche…

—¡Maldita bastardo! ¿Cree que todo el mundo tiene la sucia mente de usted?

Ni siquiera los insultos lograron borrar la sardónica sonrisa del policía. Metió la mano en su bolsillo y sacó unos sobres.

—Yo sí lo he hecho —prosiguió con calma—. Me maravilla lo que deben haber costado todas aquellas prendas de lujo… No recuerdo que mi mujer haya usado jamás nada semejante…

De la garganta de Gerry surgió un sordo rugido. De nuevo, el abogado tuvo que emplearse a fondo para contenerlo.

Satisfecho de lo que podía considerar su venganza por los golpes recibidos, Maclaine añadió con voz impersonal, casi indiferente:

—¿Conoce usted a alguien llamado Colvin, Heinz Colvin, míster Brook?

El aludido no respondió, mudo de furor. Fue el abogado quien se encargó de replicar:

—Yo conozco a Heinz Colvin, igual que mi cliente. Es un compañero de estudios de ambos.

—¿De veras? En este caso imagino que sostendrán ustedes una buena amistad con míster Colvin, ¿no es así?

—En efecto. ¿Qué tiene eso que ver con el asunto de que estamos tratando?

Maclaine se levantó, irguiéndose para ahuyentar el cansancio que dominaba sus doloridos músculos. Agitó los sobres que sostenía en la mano como si fueran una bandera y dijo triunfalmente:

—Míster Heinz Colvin, señor abogado, es el amante de Kathryn Brook y puedo probarlo con estas cartas. ¿Creía usted que yo era idiota para afirmar una cosa semejante sin pruebas con que sostenerlo?

Esta vez Gerry se levantó muy despacio, como si sus nervios se hubiesen reblandecido y no pudieran poner en movimiento los músculos de su cuerpo.

—¿Qué ha dicho? —balbuceó.

Phil Wallis le sujetó del brazo y tras obligarle a que se sentara otra vez, se enfrentó con el teniente, pálido y alterado.

—¿Ha leído usted estas cartas? —quiso saber.

—Solo dos de ellas, y hay cinco. Pero con esas dos es suficiente para saber a qué atenerme.

—¿Llevan fecha?

—Sí. La primera es de hace seis meses. La segunda que he leído tiene fecha de un mes después. Las otras corresponden a estos últimos meses...

—Quiero leerlas, teniente. Tengo perfecto derecho a ello.

—No veo inconveniente... Tome, están puestas por orden de antigüedad...

Gerry intentó arrebatarle los sobres de las manos, pero el abogado le impidió que tocase siquiera el papel.

—Quédate sentado, Gerry —le aconsejó—. Posiblemente, tendrán que levantar las huellas digitales de estos sobres... y no quiero que encuentren las tuyas en ellos.

El teniente pegó un respingo, pero al ver el cuidado con que el abogado manejaba los sobres y la primera hoja de papel que sacó del más antiguo se contuvo. Wallis le advirtió:

—Fíjese usted, teniente, en que solo pongo mis dedos en un

ángulo del papel... si tiene un lápiz puede incluso marcar el lugar exacto que toco para evitar confusiones más adelante. Y sería conveniente señalar donde haya tocado usted.

—¿Con qué objeto?

—Si el asunto prospera, exigiré que sean levantadas las huellas dactilares de estas cartas y sobres. Si no aparecen las de mi cliente será prueba irrefutable de que Gerry desconocía la existencia de estos escritos.

—Aunque sea así, pudo descubrir el pastel por otros conductos. Eso sucede con harta frecuencia.

—Usted es quien tendrá que probar sin lugar a dudas que Gerry Brook lo sabía, teniente. No olvide este requisito de la Ley... Nosotros no tenemos ninguna necesidad de demostrar nuestra ignorancia de este asunto, ¿comprende lo que quiero decir?

—Sí, ya veo...

Phil Wallis sonrió y se inclinó sobre la mesa, donde había dejado la carta. Esperó a que Maclaine señalara con un lápiz el lugar en que sus dedos se habían posar de y después leyó la carta sin que ningún músculo de su rostro acusara, sentimiento alguno.

Tras la primera le tocó el turno a la siguiente. En esta y en las que siguieron se procedió al mismo trámite del lápiz y correspondiente marca.

Desde su sitio, el músico esperaba con el alma pendiente de un hilo. Todavía creía que todo aquello se desmoronaría, que surgiría algo capaz de desvirtuar la afirmación del teniente... aquellas cartas no podían ser dirigidas a Katty. Debía haber alguna razón para que ella las hubiera guardado... tal vez pertenecían a una amiga suya...

—¡Por todos los diablos!

La exclamación de Phil Wallis le hizo saltar en pie. También el teniente se había acercado al abogado, quien estaba leyendo la penúltima de las cartas.

—Lea esta, teniente —gruñó Phil, cuyo rostro había perdido el color.

Maclaine se inclinó sobre la mesa y leyó rápidamente. Desde cierta distancia, Gerry captó con claridad la expresión de estupor que asomaba al rostro del policía, estupor que se trocó pronto en franco desconcierto.

Con voz ronca, Maclaine balbuceó:

—¡Qué me ahorquen! —miró al abogado, a la carta y otra vez al hombre de leyes—. Si la cosa fuera al revés... estaría claro, ¿eh, señor abogado?

Este asintió con un gesto y se enfrentó resueltamente con su amigo. Su voz era grave cuando inquirió:

—Vas a decirme la verdad, Gerry. No importa que esté el

teniente aquí. En realidad, lo único que ahora importa es que yo sepa a qué atenerme para no perjudicarte en absoluto. ¿Conocías la existencia de estas cartas, muchacho?

—¡Phil! ¿Tú también?

—Responde.

—¡No, maldita sea, no! Jamás las había visto… ¿Cómo iba a pensar en revolver las prendas íntimas de Katty?

—*Okey,* Gerry, cálmate, eso es cuanto quería saber. Maclaine dijo:

—¿Cree que…?

—Gerry va a leer esta carta, teniente. Puede usted guardar las demás…

A simple vista podía advertirse el desconcierto del policía. Pero se encogió de hombros y contempló cómo el músico se acercaba a la mesa y se inclinaba sobre el escrito. Observó sus reacciones con ojos de halcón, esperando el estallido…

Pero no hubo ni estallido, ni gritos ni maldiciones. Gerry Brook quedó apoyado sobre la mesa, tan quisto como si acabara de sufrir un ataque de parálisis. Sus labios se movieron, temblorosos; no obstante ningún sonido surgió de ellos.

Phil Wallis murmuró:

—¿Has comprendido, Gerry?

—¡Phil…!

Fue una especie de gemido, el lamento de un ser asustado e indefenso en demanda de ayuda… El quejido de un hombre al que de repente se lo han arrebatado todo, incluso la vida que unos segundos antes alentaba todavía en sus venas…

—Siéntate, Gerry, y haz lo que puedas por tranquilizarte —le aconsejó Phil suavemente—. Después hablaremos.

—Pero… ¡Phil! —estalló el músico, con los ojos brillantes y desorbitados—. Ella… querían matarme…

—Así es, muchacho. No podemos tener la menor duda. Tu mujer y Colvin tenían planeado un accidente en que tú perderías la vida, de esta manera se embolsarían los cien mil dólares del seguro y se quedarían con todo lo demás; esta casa, tu dinero, tu “Cadillac”…

Gerry se derrumbó sobre la butaca y ocultó el rostro entre las manos. Su voz semejó un lamento, como si hablara consigo mismo, olvidado de la presencia de los demás:

—La adoraba… todo cuanto hacía era por ella… ponía mis triunfos a sus pies… para que pudiera estar orgullosa de mí…

Nadie dijo una palabra. Maclaine ya no parecía tan agresivo. Cualquiera hubiese creído que había olvidado los golpes recibidos…

Phil Wallis encendió un cigarrillo y se acercó a una ventana, dando tiempo a su amigo para recobrar parte de su calma. A decir

verdad, él también sentíase sumamente alterado, desbordado por unos acontecimientos que afectaban de tan cerca a personas que hasta ese día habían sido buenos amigos suyos...

CAPÍTULO VII

Incluso el personal técnico de la televisión estaba impresionado. Puede afirmarse que en su vida habían escuchado nada igual.

Todos los que habían tenido la suerte de asistir al recital de Gerry Brook y sus muchachos ante las cámaras permanecieron mudos de estupor durante unos minutos, después que el músico, pálido como un muerto, separó la trompeta de sus enrojecidos labios, tras escucharse el último lamento del instrumento, después de una actuación magistral, con improvisaciones sobre temas clásicos de *Jazz* cargados de una fuerza trágica, fatalista, que puso estremecimientos en los nervios de los que sabían el drama que azotaba la vida del músico en aquellos momentos.

Phil Wallis se levantó de la butaca y miró de reojo al teniente Maclaine, que no se había movido en todo el tiempo de su sitio, tenso y estupefacto. Él era uno de los que habían profetizado que el concierto, dadas las circunstancias por las que atravesaba Gerry Brook, sería un rotundo fracaso. Pero el músico había insistido tercamente para cumplir su compromiso, entre otras razones porque sus compañeros no debían pagar las consecuencias de algo que le afectaba única y exclusivamente a él.

Y podía decirse que jamás, hasta aquella noche, había puesto tanto sentimiento en su música, tanto dramatismo en las notas sollozantes que su trompeta mágica desgranara.

Un triunfo rotundo.

Pero tan pronto las cámaras dejaron de enfocarle, Gerry se apartó de todos y se dirigió a cambiarse de ropa, macilento y con las facciones tensas, sintiéndose al borde del agotamiento. Profundos círculos oscuros rodeaban sus ojos.

Maclaine dijo:

—No hay duda que su dolor le ha hecho alcanzar alturas insospechadas, abogado...

—Yo sé cómo quería a su mujer, teniente. Todo esto es espantoso para él.

—Bueno, si uno se detiene a pensarlo, ha estado de suerte. Si esa pareja hubiera conseguido sus propósitos...

—Él no piensa en eso ahora. Lo único que bulle en su mente es la traición de la mujer que amaba. ¿No se sabe nada de ella todavía?

—Ni una palabra. A decir verdad, aún no he descartado la idea del asesinato. Él pudo haber descubierto los planes de la pareja y haberse tomado la justicia por su mano... aunque la desaparición de

Heinz Colvin me hace dudar de esta hipótesis. Más bien creo que la pareja de tórtolos están pasando un alegre fin de semana en alguna parte.

—¿Tampoco ha podido localizar a Colvin, eh?

—No. Salió de su casa llevando una maleta, pero nadie sabe a dónde se dirigió...

—¿Qué hay de *mistress* Briant?

—¿La suegra de Brook? También ha resultado una buena harpía... Ella encubría esos amores clandestinos de su hija. Hemos descubierto que ninguno de los fines de semana en que se suponía que la esposa de Gerry Brook estaba en compañía de su madre, apareció por allí. Sin embargo, si el marido llamaba por teléfono, la vieja le confirmaba que su mujer estaba en Middletown, aunque había salido a dar un paseo... Parece ser que el matrimonio nunca fue del agrado de la suegra...

—Yo estaba convencido de que Gerry no podía haber cometido ese crimen, teniente... Conozco a ese muchacho de toda la vida. Es demasiado sensible... y adoraba a su mujer.

—Bueno, no esté usted tan seguro, abogado. Precisamente esa pasión pudo empujarlo a matar. Ya le he dicho que no he descartado esa hipótesis por el momento... mientras no aparezca la mujer, quiero decir.

—¿Ha pensado lo que sucederá cuando ella regrese? Porque yo opino que está en compañía de Colvin, y que pasado mañana aparecerá tan campante, fingiendo que ha pasado el fin de semana en Middletown junto a su madre. Si es así como ocurren las cosas, Gerry no estará precisamente muy amable con ella...

—Ya he pensado en eso, y me preocupa bastante, aunque tengo también algunas ideas al respecto. Usted es amigo suyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, ¿por qué no le invita a quedarse en su casa?

Yo dejaré a uno de mis hombres vigilando el domicilio de Brook, por si ella regresa.

—Es una idea...

La llegada de Gerry interrumpió la conversación. Sus ojos parecían dos simas sin fondo, quietas y muertas.

—Estoy agotado, Phil —dijo con voz sorda—. Voy a acostarme. Ya te llamaré si ocurre algo.

—Espera un momento, Gerry. No voy a consentir que te encierres en tu casa como un caracol en su concha. Vendrás conmigo y te quedarás en mi apartamento. Marjory estará encantada... y podrás descansar todo el tiempo que quieras.

—No, Phil... quiero estar en casa cuando ella regrese.

—Quítate semejante idea de la cabeza. No dejaré que te metas en otro lío mientras yo sea tu abogado.

Tras lanzar una mirada de complicidad al teniente, Phil Wallis empujó suavemente a su amigo y ambos abandonaron la sala de los estudios donde se había desarrollado la transmisión.

Maclaine esperó todavía unos minutos, hundido en su butaca y reflexionando a toda presión. Era cierto que no había descartado todavía al músico de su teoría del crimen. Con demasiada frecuencia había palpado los trágicos resultados de los celos, para sentirse tranquilo ante un caso como el que tenía entre manos.

Cuando se levantó, lo hizo pesadamente, pero lamentando tener que continuar hurgando en una cosa tan desagradable. Pensó en sus hijos, que habrían seguido el concierto de su ídolo a través de los receptores de televisión… un mal asunto desde cualquier lado que se mirase…

Encontró al sargento dormitando en el coche policíaco y lo zarandeó para espabilarlo.

—¿Reconocería a la muchacha que estaba con Brook cuando usted fue a buscarlo? —preguntó secamente.

—¡Naturalmente! Es una de esas muñecas que no puede uno olvidar fácilmente.

—*Okey,* vamos a llegarnos hasta *The Corsair.* Veremos si tenemos suerte y la encontramos.

No tuvieron ninguna dificultad en localizar a Mira Lindeman. La muchacha estaba sentada en un rincón, ante un vaso vacío, y su expresión concentrada no encajaba con el resto de su juvenil y hermoso aspecto.

Los dos hombres acercaron sendas sillas a la mesa y se dejaron caer en ellas con gesto cansado, ante la inquisitiva mirada de la muchacha que fue quien primero habló:

—Reconozco a ese polizonte —dijo—, y supongo que usted es de su misma clase. Lárguense de aquí antes que alguien les eche a patadas.

—Tómelo con calma, niña —refunfuñó Maclaine—. Quiero hablar con usted y es preferible hacerlo aquí que en la Central. Sé quién es su padre y todo lo demás, de manera que ahórrese el discurso. Necesito sus declaraciones, así que voy a obtenerlas…

—Siga soñando.

Mira hizo un gesto y un camarero apareció al lado de la mesa, rígido y mirando a los dos policías con ojos de sospecha. La muchacha dijo:

—Dígale a papá que tengo dos gansos importunándome. Que los eche de aquí.

Maclaine sonrió:

—Dígale de paso que somos policías, de Homicidios… y cuando se ría del chiste puede indicarle que me gustará hablar con él.

El camarero desapareció a toda velocidad. Los burlones ojos del teniente siguieron clavados en la muchacha un buen rato, hasta que Mira murmuró:

—Sé todo lo que han hecho a Gerry… Casi no ha podido actuar esta noche y…

—¿Ha visto usted la televisión, niña? —la atajó Maclaine.

—No.

—Pues se ha perdido algo bueno. No creo que nunca haya tocado de semejante manera… Brook estaba bajo los efectos del dolor, del desengaño… y la más profunda amargura le dominaba. Todo eso y mucho más se ha reflejado en su música y… en fin, para qué hablar de eso. Ya lo leerá en los periódicos. Y ahora, dígame: ¿qué interés es el suyo por Gerry Brook?

—Váyase al diablo, polizonte.

—Una niñita muy dulce, teniente —gruñó el sargento.

Este sonrió y quedóse mirando fijamente a la muchacha. Era tan linda que el policía notaba una sensación agradable con solo contemplarla. Sin embargo, le intrigaba la inescrutable profundidad triste de aquellos ojos, tras los cuales parecía agazaparse un animalillo asustado y alerta.

Antes que pudiera hablar de nuevo, una voz fuerte y autoritaria dijo a sus espaldas:

—¿Qué pasa aquí, Mira?

Maclaine volvió la cabeza y su mirada tropezó con la recia figura de un hombre vestido de smoking, rostro de nariz aplastada y cabellos que empezaban a blanquear en las sienes. Maclaine recordó al verlo las historias que se contaban sobre el turbulento pasado de Edgar Lindeman, con sus resonantes triunfos primero y estrepitoso, fracaso después en el boxeo profesional.

—Hola, Lindeman —dijo el teniente, levantándose—. Creo que nos hemos visto algunas veces usted y yo.

—Maclaine, si mal no recuerdo. ¿Qué demonios está haciendo aquí, inquietando a mi hija?

—¿No quiere sentarse, Ed? —invitó el policía, imperturbable.

—No, diablos. Todo el mundo pensaría que hago buenas migas con la policía. Me desacreditaría —se echó a reír con su vozarrón, pero se apresuró a añadir—: Tengo un *whisky* excelente en mi despacho. Les permito continuar allí su tercer grado con mi niña.

El sargento se levantó a una indicación de su jefe, pero Mira continuó sentada con un gesto de resolución en su graciosa cara.

—No quiero que me hagan preguntas, papá. Deberías echar a esos dos palurdos de aquí ahora mismo.

Lindeman suspiró.

—Mira, cariño... vas a venir con nosotros al despacho, ¿está claro? No me obligues a darte una azotaina en medio del salón... amor.

La muchacha desafió a su padre con la mirada, pero algo debió ver en su cara que le cerró la boca de golpe, de manera que se levantó y siguió a los tres hombres hasta el lujoso despacho del propietario del cabaret.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta, Lindeman se enfrentó con el teniente con resolución. No parecía ya el agradable hombre de mundo que tan solo unos minutos antes sonreía amistosamente.

—Y ahora vayamos al grano, Maclaine, ¿qué pasa con mi hija?

—No lo sé. Es posible que no pase nada en absoluto, pero quiero asegurarme de ello por mí mismo. Estoy metido en el caso más sorprendente de mi carrera, Lindeman, y no quiero pillarme los dedos con una decisión equivocada.

—¿Para qué me lo cuenta a mí? —gruñó el ex boxeador.

—Diablos, Ed, usted es el padre de ese pequeño torbellino, ¿no?

—*Okey,* adelante. Yo cuidaré de que ella no se complique con sus respuestas.

Maclaine se dio por satisfecho. Mientras se encaraba con la muchacha, Lindeman se dedicó a preparar tres vasos con *whisky* suficiente para aplacar la sed de un beduino.

—Ayer por la noche —empezó el teniente—. Gerry Brook estuvo en el bar de este local tomando unas copas con usted, ¿no es cierto, señorita Lindeman?

—Puede llamarme Mira —refunfuñó ella—. En cuanto a Gerry, ese perro de presa suyo nos vio, así que no perdamos tiempo con rodeos.

Ed Lindeman miró a su hija con ojos risueños. Sus cejas se arquearon, admirativas. ¡Qué muchacha!

—Bueno —prosiguió Maclaine—. Brook se entretuvo bebiendo con usted, pero por otra parte él asegura que tenía mucha prisa por regresar a su casa... Estaba impaciente por reunirse con su mujer y...

—Ahórrese el resto —le atajó la muchacha—. Yo tuve que obligarlo a quedarse. El muy tonto no pensaba más que en correr al lado de esa... de esa zorra.

—¡Mira! —exclamó Lindeman, estupefacto.

—¡Es una zorra, papá!

—¿Qué demonios...?

Maclaine le hizo callar con un ademán.

—No le tiene usted simpatía a *mistress* Brook, ¿verdad, Mira?

—¿Por qué habría de tenérsela? Está engañando a Gerry,

acaparándolo con sus triquiñuelas solo para sacarle el dinero y pavonearse con él por la calle. ¡La esposa del gran Gerry Brook! Eso es lo que ella quiere.

Maclaine aguzó el oído.

—¿Qué es eso de que engaña a su esposo, pequeña? —preguntó suavemente.

Lindeman intervino con sequedad.

—Cuidado, Mira —dijo—. No respondas a menos que…

—¡Oh, cállate, papá! —estalló la muchacha—. Sé lo que me digo. Ella está tomándole el pelo a Gerry. Yo misma la vi en compañía de un tipo llamado Colvin, muy amartelados en un coche. Estaban besándose como dos tórtolos y…

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de dos meses, teniente. Y no me importa si lo cree o no.

Su padre intervino nuevamente:

—Escucha, Mira, trata de comprender que esto no es un juego. El teniente Maclaine pertenece a la Brigada de Homicidios, ¿te das cuenta de lo que significa eso?

—¿Y qué importa? Yo solo digo lo que… —se interrumpió y sus ojos se desorbitaron al fijarse en el policía. Apenas si se oyó su voz cuando murmuró—: ¡Dios mío, Homicidios!

Maclaine suspiró, resignado. Mira se volvió hacia su padre y después se enfrentó otra vez con el policía.

—¿Qué le ha sucedido a Gerry? —exclamó con voz aguda.

—Nada. ¿No recuerda que ha actuado en ese programa de televisión?

—Pero usted…

—Su padre tiene razón, Mira; pertenezco a Homicidios. Es por *mistress* Brook por quien me intereso. Ha desaparecido, ¿sabe?

Se hizo un silencio completo que Lindeman rompió al cabo de unos segundos.

—¿Qué quiere decir exactamente, Maclaine? Cuando una persona desaparece no son los de Homicidios quienes investigan su paradero.

—En este caso se dan unas circunstancias un tanto sorprendentes… Dígame, Mira; ¿le habló a Brook de lo que usted había visto en el coche?

—¿Para qué tenía que decírselo? Es un tonto. No me habría hecho ningún caso… Está loco por su mujer el muy…

Se interrumpió al sentir la mano de su padre aferrándose sobre su brazo.

—Ya basta, niña —exclamó Lindeman, furioso—. ¿Qué tienes que ver con Brook? No me digas que te ha estado haciendo el amor

a ti también…

—¿Gerry? No seas estúpido, papá. Él no veía otra mujer que no fuera la suya.

—¿Entonces…?

—¿Es que no puedes comprenderlo todavía? —Mira pareció agigantarse al erguir su magnífica figura frente a su padre, desafiante, más bella que nunca. Y también su voz resultó un desafío cuando le espetó sin rodeos—: Yo amo a Gerry, papá.

—¿Qué? ¡Maldita sea mi estampa! ¿Sabes lo que estás diciendo, mocosa de los diablos?

—¡No soy ninguna mocosa! ¿Por qué todos se empeñan en tratarme como a una niña? Incluso Gerry… Y yo le quiero como una mujer, papá, tanto si te gusta como si no. Y no me importa que sea un tonto…

Lindeman llevóse las manos a la cabeza, desesperado, y fue a derrumbarse sobre su sillón basculante, al otro lado de la mesa. Con dedos torpes levantó su vaso y lo vació de un solo trago.

Maclaine dijo:

—¿Lo sabe Brook?

—¿Qué le amo? No… cree que soy una niña todavía…

Un tanto desconcertado, el teniente tomó maquinalmente el vaso y bebió el *whisky* a pequeños sorbos, pensativo.

El sargento Rosa se ocupó de su bebida exclusivamente. Todo aquello era trabajo de su jefe y el *whisky* era excelente, así que decidió no preocuparse de nada más. Buscó un asiento cómodo y se dejó caer en él sin abandonar el vaso.

Mira murmuró:

—¿Por qué interviene usted, teniente? No creerá que Gerry…

No se atrevió a terminar, por lo que Maclaine tampoco se molestó en responder a esa pregunta. Todo lo que dijo fue:

—¿Cómo *mistress* Brook, Mira?

—Porque ha venido algunas veces a esperar a Gerry. Los dos han venido juntos, los muy cínicos…

—Ya veo.

Vació el vaso y lo dejó sobre la mesa. Miró a Lindeman y sintió tentaciones de echarse a reír ante su furiosa expresión. Luego, y como dando la entrevista por terminada, exclamó:

—¡Excelente *whisky*, Lindeman! Volveré por aquí de vez en cuando para cambiar impresiones con usted… aunque sea sobre el tiempo. Siempre habrá un pretexto para repetir la invitación. Vámonos, sargento.

El ex boxeador se levantó de un salto.

—¿Quiere decir que no va a importunar más a mi hija?

—De momento no creo que sea necesario. Y permítame decirle

que comparto sus sentimientos respecto a la mujer de Gerry Brook. Si me permite decirlo también —añadió, burlón—, la dama es una zorra del tamaño de un rascacielos.

—¿Qué diablos...?

Los dos policías estaban llegando a la puerta cuando Mira reaccionó, echando a correr hacia ellos y deteniendo al teniente cuando ya se disponía a salir.

—¿Por qué ha dicho usted eso, teniente? —balbuceó.

Este la miró a los ojos. Ya no le extrañaba la tristeza que parecía reflejarse en el fondo de aquellas hermosas pupilas.

—Porque —dijo—, *mistress* Brook planeaba matar a su marido, muchacha. Creo que ese músico es muy afortunado al contar con usted... Ya nos veremos alguna vez.

Cerro la puerta, con lo que se perdió la exclamación de Mira y el juramento que soltó Lindeman, tan rotundo como su apariencia de hombre duro.

CAPÍTULO VIII

El asunto no avanzó un paso más hasta el domingo a primeras horas de la noche, cuando una llamada telefónica arrancó al teniente Maclaine de su chirriante sillón. No obstante, antes de abandonar su despacho telefoneó a su vez a Phil Wallis, el abogado, y ambos hombres se reunieron poco después en el coche del policía.

Maclaine indagó:

—¿Dónde está Gerry Brook?

—En el cabaret. No ha querido interrumpir sus actuaciones bajo ningún pretexto... Naturalmente, está hecho cisco el pobre, pero considera que los demás componentes de la orquesta no tienen por qué pagar las consecuencias de lo que sucede...

—Mejor así, míster Wallis. Vamos a ir a casa de los Brook.

Phil pegó un respingo.

—¿Es que ella...?

—Ha aparecido, y quiero que usted esté presente cuando yo hable con ella. Por eso le he llamado.

—¡Qué cinismo el de esa pájara! ¿Va usted a detenerla?

—¿Basándome en qué? La infidelidad no me corresponde a mí castigarla. Y en cuanto a la carta en que su amante habla del plan que ambos tienen tramado solo me sirve si míster Brook presenta una denuncia... y él se niega a hacer eso.

—Sí, ya sé... el muy tonto...

—No creo que sea ningún tonto —refunfuñó Maclaine—. Quiere vengarse a su manera, o por lo menos eso creo. He hablado con él esta mañana y... En fin, no me ha gustado su actitud.

—¿Cree que quiere hacerle algún daño a ella?

—Tal vez... tiene motivos para odiarla a muerte. Pero más bien creo que lo que desea es torturarla... "moralmente" podríamos decir.

El coche se detuvo y ambos contemplaron las luces encendidas en casa de Gerry Brook. Como contraste, las ventanas de la casa vecina estaban a oscuras y Maclaine se imaginó a la vieja chismosa pegada al marco, oculta por las cortinas, espiando con ojos de lechuza.

—¿Qué estamos esperando? —refunfuñó Phil con voz sorda.

—Estaba pensando... Va usted a hacer lo que le diga, señor abogado, y creo que podremos meter en cintura a esa dama. Vamos a fingir que no sabemos una palabra de su escapada ni de sus planes de asesinato. En realidad, Gerry Brook nos metió en el asunto alarmado por la desaparición de su mujer un día antes del previsto

para su marcha. ¿Comprendido?

—Ya veo... la dejará que ella misma se ahorque voluntariamente, ¿es eso?

—Poco más o menos... ¿Conforme?

—Por mí adelante, teniente. Le cedo la iniciativa. Pero tendremos que explicar su intervención... Ella no es tonta y se dará cuenta que la Brigada de Homicidios no se dedica a solucionar los problemas de los maridos en apuros...

—No tiene por qué saber nada de Homicidios. Yo soy un policía conocido de usted a quién recurrió ante la insistencia de su amigo Brook. Creo que así todo saldrá bien. Andando, señor abogado.

Kathryn Brook acudió a la segunda llamada. Maclaine vio ante sí a una mujer de aventajada estatura, formas descaradas y provocativas, majestuosa dentro de su ajustado vestido. Un rostro de expresión altiva y sensual a un tiempo, con extraños fulgores en la mirada, se quedó escrutando a sus visitantes sin pronunciar palabra hasta que reconoció al abogado en la oscuridad.

—¡Phil! —exclamó entonces—. ¡Qué sorpresa, querido! ¿No quieren pasar?

—Hola, Katty... Este es el teniente Maclaine, de la policía.

Ella se sobresaltó visiblemente.

—¿Policía? —balbuceó—. ¿Es que... que ha sucedido algo?

—Nada, afortunadamente.

Los dos hombres cruzaron el umbral y ella cerró despacio la puerta. Solo cuando estuvieron en la sala que Maclaine ya conocía la mujer inquirió:

—Dime, Phil, ¿qué es lo que sucede?

—Nos has tenido a todos pendientes de un hilo, muchacha —exclamó el abogado con falsa alegría—. Gerry se volvió medio loco cuando el viernes por la noche no té encontró por ninguna parte...

Kathryn no pudo ocultar un suspiro de alivio.

—¿Eso es todo? —mascculló entre dientes.

—¿Qué más querías que hubiera? Él me llamó, inquieto por tu desaparición. Y como no pudimos localizarte por ninguna parte el viernes, pedí ayuda al teniente, con el que me une una buena amistad. Sin embargo de poco nos sirvió su ayuda... ¿Dónde diablos has estado?

Tras una vacilación, ella replicó con otra pregunta:

—¿A alguien se le ocurrió la idea de telefonear a mamá? Todos los fines de semana estoy con ella en Middletown...

—¡Claro que llamamos a tu madre!

—¿Cuándo?

—Pues... el viernes por la noche, naturalmente.

El rostro de la mujer resplandeció de satisfacción.

—Ahora comprendo —dijo—. Yo no llegué a su casa hasta el sábado...

—¿Por qué no nos cuentas lo que sucedió y damos el asunto por terminado, Katty? Te aseguro que has tenido a Gerry al borde de la desesperación.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Se lo merecía —exclamó—. Tuvimos una disputa terrible la noche antes, ¿comprendes? Echó a perder mi alfombra persa... y cuando se lo reproché todavía me chilló. Yo... bueno, Phil, tú me conoces; no aguanto que me griten. Fue espantoso... y para colmo me rompió el jarrón de cristal tallado... el que estaba en la chimenea. Una joya, tú sabes; pero Gerry parecía estar fuera de sí y sus torpezas me sacaron de quicio...

—Total, que os peleasteis. Pero eso no explica tu desaparición.

—¡Pero si está claro! A la mañana siguiente desperté y él ya se había marchado. Empecé a pensar en lo sucedido y decidí escarmentarlo, así que me pareció lo mejor irme a casa de mi madre sin decirle una palabra. Eso le haría comprender que no podía tratarme como un bruto... Además, estaba furiosa porque sus gritos debían haber llegado hasta las casas vecinas; seríamos la comidilla de todo el barrio. Precisamente la vieja chismosa de ahí al lado apareció a las nueve con un azucarero en la mano, la muy bruja. Estuvo llamando y llamando hasta que se cansó. No tenía ningún deseo de aguantar sus “cariñosos” comentarios sobre los gritos que seguramente había escuchado...

—Comprendo perfectamente, querida. Pero debiste avisar a Gerry, demonios... ¿Así que fuiste a casa de tu madre?

—No el mismo viernes. Al llegar a Middletown me encontré con una antigua amiga de colegio, insistió en que fuera a comer a su casa y recordando los tiempos pasados se nos fue la tarde y ya me quedé a dormir en su compañía. Por eso mi madre no me vio hasta el sábado.

—Eso lo aclara todo —masculló Maclaine, haciendo esfuerzos para no dar rienda suelta a su indignación—. Creo que su explicación tranquilizará a su esposo, señora... si es que la cree, naturalmente.

Kathryn acusó un sobresalto y entrecerró los ojos, súbitamente alerta.

—¿Por qué no tendría que creerme? —murmuró, tensa.

Maclaine soltó un gruñido. Ya sabía que todo aquello que acababa de escuchar no era otra cosa que una sarta de embustes, entre otras razones porque la policía de Middletown había tenido sometida a vigilancia la casa de Mrs. Briant y la hermosa Kathryn no había aparecido por allí en ningún momento.

Tal vez por eso cortó la farsa antes de lo que había pensado y le espetó brutalmente:

—Porque, señora, Mr. Brook sabe que todos esos fines de semana que usted dice que pasó en compañía de su complaciente mamá, con quien estuvo realmente fue con su amante Heinz Colvin. Igualmente, está enterado de que usted y Colvin estaban a punto de hacerle morir en un accidente simulado para embolsarse los cien mil dólares del seguro, más los otros bienes que posee, incluida esta casa valorada en cuarenta mil dólares…

Se interrumpió al ver cómo la mujer se tambaleaba, al borde del desmayo. Phil saltó a tiempo de sostenerla y fue él quien la acomodó en el diván.

Los dos hombres se miraron. Maclaine se encogió de hombros. El abogado gruñó:

—Creo que se ha precipitado usted, teniente…

—¡Oh, al diablo! Quiero que ella sepa lo que le aguarda. Creo que necesita un buen repaso y si yo fuese su marido puede estar seguro que se lo daría… antes de arrojarla a la calle a patadas.

—Parece que se toma mucho interés por este caso, Maclaine…

—¡Claro que me tomo mucho interés, maldita sea! Por culpa de esa… "dama", he estado a punto de cometer la mayor equivocación de mi carrera, algo que muy bien pudo costarme la renuncia. Merece que…

Se interrumpió al ver que Kathryn reaccionaba penosamente. Los asustados ojos de la mujer fueron de uno al otro implorantes, asustados.

—Por favor, Phil —balbuceó—. ¿Gerry sabe…?

—Todo.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Encontró las cartas, Katty. Eso fue suficiente. Es más, la policía de Middletown ha averiguado la verdad sobre tus visitas a tu madre. Hace muchos meses que no apareces por allí… Igual que este fin de semana. Ahora, muéstrate sensata y dinos dónde has estado. Sabemos que quien te ha acompañado ha sido Colvin…

—Él… tiene una cabaña en los Castkill… —reaccionó de pronto y, levantándose de un salto, se aferró al brazo del abogado—. ¡Phil, tienes que ayudarme…! Por favor…

—Katty, yo…

—¡Te lo suplico, Phil…!

A sus espaldas, una voz ronca y amenazadora dijo:

—¿Por qué no me suplicas a mí, perra?

Los tres giraron como peonzas, estupefactos. Gerry Brook los contemplaba desde el umbral de la puerta, pálido como un cadáver, pero con un fulgor implacable en sus ojos grises. Tenía los puños

fuertemente apretados como si hiciera esfuerzos sobrehumanos para contenerse y no emprenderla a golpes contra la mujer que había hundido todas sus ilusiones.

Kathryn empezó a temblar, aterrada. Medio se refugió detrás del abogado, mientras sus dedos se engarfiaban en sus brazos.

Maclaine gruñó:

—¿Quién le ha dicho que ella había vuelto?

—Nadie. Sabía que tenía que regresar esta noche o a primeras horas de la mañana. Era su costumbre cuando visitaba a su... “mamá”. ¿Dónde se ha quedado Colvin, zorra?

Maclaine rezongó por lo bajo. Vio que el músico avanzaba despacio, con las facciones crispadas por el furor, y se interpuso entre él y la mujer.

—Un momento, Brook —dijo—. Todos sabemos que la razón está de su parte. *Okey,* siga adelante y haga las cosas por la tremenda y a pesar de ser usted el ofendido tendré que detenerlo. ¿Le gustará eso, después de lo que ya ha sucedido?

Gerry se detuvo. Sus ojos parecían despedir chispas rojas cuando los posó sobre el policía. Hubo unos instantes de tensión casi insoportable en los que el teniente creyó que aquel loco iba a agredirle, pero después, poco a poco, el cuerpo tenso cómo un cable del trompetista se relajó y el fulgor de su mirada semejó apagarse y perder su peligrosidad.

—Creo que tiene usted razón, teniente —gruñó Gerry—. Ese pedazo de carne sucia no vale lo suficiente para perderse por ella...

—Eso está mejor, Brook. Pasemos a otra cosa... La carta; ¿qué piensa usted hacer respecto a eso?

—Nada.

Phil Wallis sacudió la cabeza, desaprobando semejante desatino. Por su parte, Maclaine rezongó:

—Tiene usted en sus manos la solución del problema, Brook. Con esa carta en poder de un juez podrá conseguir el divorcio sin dificultad alguna. Ni siquiera tendrá que preocuparse de una pensión alimenticia.

—No voy a pedir el divorcio, teniente. Por lo visto usted no comprende el daño que esa zorra me ha hecho, pero no importa. Va a pagar un precio tan alto por su traición que habrá momentos que deseará no haber nacido.

Miró desafiante a su mujer. Kathryn se estremeció ante el odio que se desbordaba de aquellos ojos, un odio burbujeante como lava líquida pronta a envolverla en mortal abrazo.

El abogado se adelantó hasta colocarse al lado de su amigo.

—Espero que no cometas ninguna locura, Gerry —dijo—. En mi opinión, lo mejor es que presentes esa denuncia apoyándote en el

escrito cuyo contenido puede considerarse como una amenaza de muerte, aparte, claro, de que igualmente es una prueba irrefutable de infidelidad...

El músico sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nada de eso, Phil. ¿Quieres saber qué es lo que voy a hacer? No es nada complicado... En realidad es tan sencillo como un cuento de hadas. Primero seguiré viviendo aquí y Kathryn tendrá que hacer lo mismo si no quiere tener que ganarse la comida con sus manos, cosa que no ha hecho en su vida. Muy bien, ella tendrá que aguantarme horas y horas a su lado. Y tanto ella como Colvin sabrán que si quieren deshacerse de mi tendrán que llevar mucho cuidado, porque ahora estoy enterado de su propósito y no podrán pillarme desprevenido. Además, creo que les interesará en gran manera cuidar de mi salud, ¿no es cierto, teniente? Si a mí me sucede cualquier cosa, por muy accidental que parezca, la policía les caerá encima como una tonelada de ladrillos, porque voy a dejar las cartas en su poder, Maclaine. Si caigo bajo las ruedas de un coche, o ruedo por unas escaleras, ustedes sabrán que esta simpática pareja ha logrado éxito completo en su plan de heredarme. ¿Está esto claro?

El teniente empezó a sonreír. Después de todo, el músico arriesgaba la vida, pero no dejaba de ser un escarmiento ejemplar para aquella mujer sin escrúpulos ni dignidad.

Pero el abogado no sonrió en absoluto.

—Estás loco —estalló—. ¿Crees que después de lo sucedido Katty podrá vivir a tu lado?

—¡Claro que sí, Phil! A menos que quiera cambiar de domicilio... y ganarse la vida trotando por las calles, ya que no sabe hacer otro trabajo...

—¡Me iré! —gritó Kathryn, al borde de la histeria—. ¡Me marcharé de aquí ahora mismo! ¿Alguien puede creer que aguantaré una cosa semejante?

Gerry se encogió de hombros.

—Ni Colvin ni tú tenéis dinero suficiente para vivir como estás acostumbrada. Yo sí tengo, y no me importa gastarlo. Vayas donde vayas, “querida”, haré que todo el vecindario sepa la clase de zorra que eres, utilizaré detectives privados si es preciso. Tendrás que buscarte un cuarto en el Bowery, entre los vagabundos, pordioseros y ratas de muelle que lo pueblan, porque mucho me temo que tu estancia en otra clase de vecindad se vea turbada por tus propios vecinos cuando se enteren de las noticias que yo haré llegar a sus oídos. Dime... ¿te gustará pudrirte en el Bowery por amor a Colvin, Katty?

Esta empezó a sollozar quedamente, desesperada. Gerry añadió:

—Nunca te concederé la separación, ¿está esto claro, zorra? Jamás podrás librarte de mí, porque en cuanto lo intentes te quedarás sin un centavo, y yo daré curso a mi denuncia por intento de asesinato e infidelidad, con todo el escándalo que sea posible desencadenar. Díselo a tu amor, porque creo que le interesará saber que, a partir de hoy, todos los pasos que des fuera de esta casa en su compañía serán vigilados. Tanto tú como él os vais a encontrar con mucha sorpresas...

—Es... es inhumano... no puedes hacerme eso...

—¡Caray, ya lo verás! Ah, se me olvidaba... no pienso rescindir las pólizas del seguro, querida. Seguiré pagando las cuotas, de manera que los cien mil dólares seguirán válidos si muero antes que tú. Una especie de suplicio de Tántalo, ¿no crees, amorcito? ¡Cien mil dólares, esta casa, el coche y todo mi dinero con solo hacerme desaparecer! Y Colvin, naturalmente... Un bonito premio colgando de un hilo. Será interesante ver si tú o tu enamorado sois capaces de cortarlo...

Wallis intervino secamente:

—Gerry, estás jugando con fuego. ¿No quieres darte cuenta de la terrible provocación que representa todo esto?

—¡Claro que me doy cuenta! Lo he pensado mucho... y o mucho me equivoco, o mi querida mujercita preferirá quedarse aquí para no tener que trabajar... o trotar por esas calles en beneficio de Colvin. Y ahora, ya hemos hablado bastante. Voy a acostarme.

Maclaine se levantó. No estaba muy seguro de cuál debía ser su actitud, pero legalmente no veía manera de intervenir, aparte de que tampoco lo deseaba. Aquella hermosa y desvergonzada dama merecía una buena lección.

—Nos veremos mañana por la noche, Brook —dijo—. Pasaré por *The Corsair.*

Phil se despidió también. Kathryn los miró, desesperada, y casi sollozó:

—¡No pueden dejarme aquí con él...! ¿No comprenden que me matará? ¡Me odia...!

Gerry sonrió con sarcasmo.

—No te tocaré un solo cabello, Katty... porque me ensuciaría las manos de basura. En realidad, ni siquiera voy a dirigirte la palabra en cuanto estos dos amigos hayan salido de esta casa.

Acompañó a los dos hombres hasta la puerta. Profundas arrugas se marcaban en su ancha frente. Cuando estrechó la mano del abogado, este refunfuñó:

—Cometes el mayor error de toda tu vida, Gerry.

—No lo creo yo así... ¿O es que temes por mí?

—Francamente sí.

Maclaine intervino con voz gruñona:

—No creo que ella intente nada, Mr. Wallis… más bien me parece que si se decide a hacer algo lo haga contra ella misma.

—¿Cómo qué por ejemplo?

—Bien… arrojarse desde lo alto de. *Empire State Building* puede ser una salida para ella. Va a verse metida en un infierno de ahora en adelante, porque no estará tranquila ni siquiera cuando se encuentre en los brazos de su amante.

Gerry esbozó una mueca.

—Esta es la idea general, Phil… Ni en brazos de Colvin se sentirá segura. Buenas noches.

Cerró sin esperar más comentarios. Regresó al saloncito, donde Katty permanecía abatida, hundida en uno de los grandes butacones.

Levantó la cabeza al oír a su marido. Había un terror cerebral en esa mirada desesperada, pero Gerry atravesó la estancia sin mirarla en absoluto, subió las escaleras y unos segundos después ella escuchó el seco chasquido de una cerradura en el piso superior. Gerry Brook acababa de cerrar con la llave la puerta de su habitación.

Ella tendría que habilitar otra si no quería dormir en el sofá.

CAPÍTULO IX

Había transcurrido una semana justa desde aquella noche en que Kathryn regresara de su escapada, cuando Gerry tropezó con Mira al entrar en el cabaret.

—¿Me invitas a un trago, Gerry? —sugirió la muchacha.

—Claro que sí. Yo también tengo ganas de beber, ¿sabes?

—Dice papá que estás bebiendo como un cosaco estos días…

El músico se echó a reír y ambos se encaramaron en sendos taburetes. Apenas si una media docena de clientes ocupaban el mostrador a tan temprana hora.

Gerry comentó:

—Tú misma dijiste una vez que tu padre era un bocazas…

—Lo malo es que en eso tiene razón él, Gerry. No hay más que verte para comprender que las cosas no te van bien. Antes siempre ibas vestido con sumo gusto, limpio y cuidado. Y bien afeitado. ¿Y cómo te presentas ahora, dime?

—Si te propones pasarme revista te dejo plantada, niña…

Ella prosiguió imperturbable:

—Con cualquier ropa se te ve a todas horas. Ni siquiera te fijas en qué traje te pones, ni si el cuello de tu camisa está limpio…

—Escucha, monada, me afeitaré en el camerino si es eso lo que te molesta. En cuanto a lo demás, no te preocupes. Mejorará con el tiempo.

—Gerry…

—¿Toco mejor que antes o no? —la atajó él—. ¿No te ha hablado de eso tu papaíto?

Ella asintió con un gesto. Luego murmuró:

—Eso es lo extraño, que tocas mejor que nunca. Dice papá que has firmado un contrato para el invierno en Las Vegas…

—Así es.

Ella no dijo nada durante unos minutos, dedicándose a beber sin prisas, preocupada.

Gerry apuró el contenido de su vaso, hizo una seña al mozo y le pidió otro.

Acababan de servirle cuando Mira susurró:

—¿Hasta cuándo vas a sostener esa situación, Gerry?

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabes… tú y Kathryn.

—¿También te ha hablado tu papá de este asunto?

—No.

—Bueno, hasta ahora me divierto. Creo que hay momentos en que Katty está deseando rebanarme el pescuezo, pero otras veces da la sensación de que duda entre arrojarse a mis pies para pedirme clemencia, o buscar un puente desde el que arrojarse al río de cabeza. Es sorprendente la cantidad de cosas que puede expresar solo con la mirada.

—Gerry...

—¿Sí, Mira?

—¿La amas todavía?

—No.

—Entonces... ¿La odias?

—Es algo más que odio, pequeña. Creo que la aborrezco hasta la locura, hasta el extremo de producirme una repugnancia física... Siento una repulsión extraña hacia ella, aunque tú no puedes comprender estas cosas. Mejor que hablemos de ti, pequeña.

—¿Sigues creyendo que no soy más que una niña, Gerry Brook?

—Si te miro a la cara sí, pero si uno te recorre con la mirada de arriba abajo... le entran algunas dudas, ¿comprendes?

Se echó a reír y apuró por completo el vaso. Una nueva seña atrajo inmediatamente al *barman* con la botella.

—Vas a acabar borracho —sentenció ella abruptamente—. ¿Por qué no te separas de ella de una maldita vez? Está arruinando tu vida...

—O yo la suya, cualquiera sabe...

—¿Hasta cuándo crees que podrá durar esta situación, maldito tonto?

Él se encogió de hombros y engulló el tercer *whisky*, tras lo cual saltó del taburete.

—No lo he pensado todavía —dijo—. Y ahora tengo que dejarte, pequeña. Nos veremos después de la primera actuación...

Se alejó hacia los camerinos, dejando tras sí a una iracunda muchacha, cuyos centelleantes ojos le siguieron hasta verlo desaparecer por la puertecita disimulada a un lado de la orquesta.

Unos minutos después, mientras dudaba entre quedarse allí para escuchar a Gerry o ir a encerrarse en el despacho de su padre, la voz del teniente Maclaine le hizo pegar un respingo cuando dijo:

—¿Ha llegado ya su amor, Mira?

—¡Usted tenía que ser! ¿Qué pasa ahora?

—Dígame, ¿está Brook aquí sí o no?

—Sí.

—Bueno, pues me parece que esta noche no podrá escuchar sus desvaríos musicales, niña.

Se apartó, pero Mira lo detuvo, alarmada.

—¿Qué ha hecho, teniente?

El policía se encogió de hombros.

—Se lo contaré cuando me sobre el tiempo. Y haga el favor de no intervenir en esto o tendré que mostrarme más desagradable que la primera vez que nos vimos.

La dejó plantada y recorrió el camino hasta los camerinos pensando en las molestias que le estaba causando todo aquel endiablado asunto.

Abrió la puerta del camerino sin llamar. Sorprendió a Gerry abrochándose la camisa blanca y a otros dos músicos ya vestidos enzarzados en una discusión relativa a las carreras de caballos de aquella tarde.

Maclaine dijo:

—Empiece a cambiarse de ropa, Brook. Va a tener que acompañarme.

Gerry se volvió en redondo.

—¿Qué se le ha ocurrido esta vez, teniente? Ya veo… mi solícita vecina ha vuelto a calentarle la cabeza… La vieja harpía…

—Su vecina no tiene nada que ver con eso… ¿Cuándo ha visto a su mujer por última vez, Brook?

—Esta mañana. Y no me diga que ha vuelto a desaparecer…

—No; no ha desaparecido. Sabemos muy bien dónde está. Lo que ahora quiero saber es dónde ha estado usted durante todo el día, Brook.

Este dejó en paz los botones de la camisa y se acercó al policía despacio, mirándole fijamente.

—¿De qué se trata, teniente?

—Se lo diré enseguida, cuando usted me aclare sus pasos.

—No hay mucho que decir al respecto. Esta mañana hemos tenido ensayo aquí mismo… dos horas poco más o menos. Después he comido en el restaurante de la esquina, he entrado en un cine y a las cinco estaba en los estudios de televisión, donde teníamos otro ensayo para el programa en cadena del martes. Después he dado un paseo y he cenado y…

—Ya basta. ¿Puede demostrar sus pasos de la mañana?

—Naturalmente.

—Bueno, eso podrá descartarlo. Su mujer está muerta, Brook.

—Vaya —fue todo lo que gruñó el músico.

No obstante, sus facciones se pusieron tirantes y palideció visiblemente.

—No parece sorprenderse mucho —rezongó Maclaine.

—Es algo que más bien me contraría. Le estaba encontrando gusto al juego ese, usted sabe…

—Bien, su juego ha terminado de todas maneras.

—Dígame, ¿cómo ha muerto, teniente? A juzgar por sus

preguntas, da la impresión de que ha sido asesinada…

—Realmente, solo pretendía saber a qué atenerme. Ella y Colvin se han suicidado en su cabaña de las montañas. Uno de esos suicidios por amor, ya sabe. Él la ha matado a ella y después se ha volado los sesos. Ocurre con más frecuencia de lo que la gente cree.

—Así que los dos, ¿eh? No han tenido valor para aguantar más…

—Usted pensaba que terminarían así, ¿no es cierto, Brook?

Este se encogió de hombros.

—En realidad —gruñó—, yo pensaba que Colvin la mandaría a paseo. Era un cobarde que solo tenía fachada… una linda fachada según el gusto de cierta clase de mujeres. Bien, ¿qué es lo que se espera que yo haga, teniente?

—Tendrá que acompañarme para la identificación. Un simple trámite.

—¿Están en el depósito?

—En la cabaña todavía. Hace poco tiempo que los han encontrado. El sargento Ross ha salido ya para allá.

Gerry vaciló. Miró a sus silenciosos compañeros. Después consultó su reloj.

—Creo que no voy a complacerle esta vez, Maclaine.

—¿Qué está diciendo?

—Tengo que actuar dentro de un cuarto de hora. Y dos horas después tenemos que tocar otra vez… Procederé a la identificación cuando tenga a la pareja en las mesas del depósito de cadáveres.

—Yo hablaré con Lindeman para que suspenda sus actuaciones de esta noche. Le necesito a usted, Brook, y le necesito ahora.

—Pierde el tiempo. No me importa lo que les haya sucedido a esos dos, ya lo sabe usted. A propósito, ¿cuándo se han… bueno, liquidado?

—No lo sé con exactitud, pero ha sido esta mañana.

—*Okey,* vaya usted a esa cabaña o a dónde sea, y llámeme cuando esté de regreso con los fiambres. Es mi última palabra, teniente, a menos que quiera ver a Phil Wallis metido en esto otra vez.

—No, gracias, sé qué atribuciones son las mías en un caso así. Iré yo solo.

Salió y cerró de un portazo. Mientras andaba hacia la salida iba diciéndose que no podía reprochar a Brook por su fría actitud ante el suceso. Estaba visto que no podría librarse de esos condenados personajes en muchos años. Incluso en su casa tenía que recordar continuamente al músico a causa de los discos que sus hijos se empeñaban en poner una y otra vez… Un poco más y acabaría soñando con el condenado trompetista.

Entró en su coche y dio instrucciones al agente que conducía.

Después se arrellanó en el asiento trasero y, casi contra su voluntad, pasó revista mentalmente a todo el caso desde el mismo instante en que la denuncia de la vieja chismosa llegó hasta su mesa.

Y ahora ese final...

"Un asco de vida", se dijo, fastidiado por tener que hacer ese viaje, por verse obligado a contemplar dos cadáveres y por todo lo que eso llevaba consigo.

De pronto se preguntó con qué arma se habrían disparado los amantas. Recordó que había tenido que devolver el revólver niquelado a Brook... y un estremecimiento recorrió su espalda.

Tuvieron que dejar el auto en un claro a cierta distancia de la cabaña. Ya había otros coches allí, entre ellos el del sargento Ross y el del *sheriff* del condado. Más complicaciones, pensó el teniente con disgusto; trámites con las autoridades locales, papeleo y burocracia. Casi sería mejor mandarlo todo al diablo y traspasarle la papeleta al *sheriff,* sin decirle una palabra de lo sucedido una semana antes...

Maclaine anduvo por el estrecho sendero y pronto sus pies se hundieron profundamente en la compacta masa de pinocha que cubría el suelo. Las finas hojas de pino formaban una alfombra de un verde sucio en la que los zapatos de ciudad resbalaban o se hundían. Para colmo, estaban húmedas, lo cual contribuyó al creciente disgusto del teniente.

Cuando llegó a la cabaña, llevaba hincadas en los calcetines, e incluso dentro de los zapatos, innumerables hojitas de pino secas y puntiagudas como agujas. Rezongando por lo bajo procedió a librarse de tan molesta compañía, tarea en que le sorprendió el sargento.

—Una carnicería, jefe —gruñó Ross—. Sangre por todas partes.

—¿Qué opina el *sheriff?*

—Personalmente, creo que está deseando quitarse de encima este asunto, teniente...

—¿Alguna duda en cuanto a la muerte de la pareja?

—¿Duda? En absoluto. Un caso clarísimo...

—Bueno, vamos a verlo.

Maclaine acabó de abrocharse los zapatos y entró en la rústica construcción. Era una de tantas cabañas como hay en los bosques de las *Castkills,* sin demasiadas comodidades, pero limpia y confortable hasta cierto punto.

El sargento fue el encargado de las presentaciones. El *sheriff* era un hombre de edad indefinida, con una barriga prominente y ademanes lentos y pesados. Sus ojos de lechuza miraron al recién llegado con esperanza. El sargento había tenido razón: aquel hombre deseaba quitarse de encima el espinoso problema.

Los cadáveres estaban a la vista en medio de la cabaña. El de la mujer tendido en el diván, y el de Heinz Colvin derribado detrás de la mesa con media cabeza destrozada.

Maclaine abarcó el cuadro de una mirada lenta y penetrante, captando los detalles. Después se acercó al cuerpo todavía hermoso de Katty Brook y se inclinó para examinar la herida.

Todavía agachado preguntó:

—¿Con qué arma se han disparado?

—Con un "32" —gruñó el *sheriff*.

El sargento Ross se acercó a su jefe con algo en la mano. Era un revólver niquelado envuelto en un pañuelo.

—Es el revólver de Brook, señor —anunció—. ¿Recuerda que se lo devolvimos?

—Sí... ella debe haberlo cogido antes de salir de casa, lo cual demuestra que planearon cuidadosamente este final.

—Siento escalofríos cuando lo pienso, teniente —rezongó el sargento—. Preparar la propia muerte de uno y... ¡Qué gente!

La mujer tenía el orificio de entrada del proyectil debajo del seno izquierdo. A simple vista podía asegurarse que la bala le había atravesado el corazón. En cambio, Colvin se había disparado en el parietal, y la bala al salir había causado terribles destrozos...

—Un espectáculo nauseabundo —gruñó Maclaine, volviéndose de espaldas a los cadáveres.

El *sheriff* dijo:

—Tengo entendido que usted sabe mucho más que nosotros de estos dos desgraciados, teniente. ¿Le parece que hablemos ahora de todo esto?

—Luego... en su oficina. ¿Alguien ha tocado los cuerpos?

—Solo el forense, aunque no los ha movido si es eso lo que quiere saber. Están exactamente como han sido encontrados.

—Ya veo...

El teniente encendió un cigarrillo y lo fumó casi por entero sin moverse del mismo sitio, plantado cerca de una ventana y mirando a través de ella los espesos bosques que se extendían por las laderas de los montes cercanos. En alguna parte, lo bastante cerca para que su rumor llegara perfectamente hasta sus oídos, se deslizaba un arroyo. Era un paraje maravilloso, paradisiaco... no el escenario para un drama semejante...

Cuando arrojó la colilla y se volvió advirtió que le habían dejado solo. Solo el sargento Ross aguardaba junto a la puerta, dándole la espalda.

Maclaine se movió entonces procurando no detener la mirada en los dos cuerpos. Echó un vistazo a la maleta que alguien había abierto. Contenía vaporosas prendas femeninas y un vestido de

mujer. También había unos frascos de perfume y unos tarros de crema para maquillaje.

Otra valija contenía el equipo de fin de semana de un hombre. De Heinz Colvin.

También descubrió, sobre la mesita de la cocina, una bolsa de provisiones llena de botes de conserva, latas de cerveza y una barra de pan todavía dentro de su funda hermética de plástico.

No encontró nada más que pudiera interesarle, de manera que se reunió con el sargento y ambos salieron al fresco aire de la noche. Fuera, la oscuridad era completa. Solo en las cercanías del claro donde habían tenido que dejar los coches brillaba el resplandor de los faros.

—¿Qué le parece todo esto, sargento? —refunfuñó Maclaine, encendiendo otro cigarrillo.

—¿Se refiere al suicidio? Una estupidez de esa pareja, naturalmente. Podían haberse largado a cualquier parte donde vivir sin la constante amenaza de ese loco músico… A propósito, señor; ¿por qué no lo ha traído con usted?

—No ha querido venir y yo no tenía nada con que obligarle…; pero no tiene importancia. Dígame, ¿ha examinado usted la cabaña?

—Claro… el propio *sheriff* me ha pedido que lo hiciera en cuanto he llegado.

—Ya… bueno, ¿cuáles son sus conclusiones, sargento?

—Diablos, que han perdido la serenidad y han decidido acabar con la situación en que les colocaba la loca actitud de Gerry Brook…

—¿Qué más?

El sargento trató de ver el rostro de su jefe en la oscuridad.

—Creo que sé a lo que se refiere… las maletas, ¿no?

—Y las provisiones. ¿Por qué cargar con todo esto si venían aquí para matarse el uno al otro? No necesitaban todas esas conservas, ni la cerveza… ni siquiera las ropas limpias de repuesto.

—Bueno… tal vez no estaban decididos a matarse cuando han emprendido la excursión…

—Sí, eso debe de ser… Vamos a reunirnos con el *sheriff*. Tendremos que contarle toda la historia para que quede tranquilo… Ese maldito suelo… Ya vuelvo a tener los zapatos llenos de pinocha…

—No me hable, teniente. Desde que he llegado aquí que no he podido librarme de esas condenadas hojas de pino. Y están húmedas además… uno se hunde hasta el tobillo.

El *sheriff* se mostró dispuesto a guiar a los policías de la ciudad hasta su oficina. Antes de entrar en su auto, no obstante, dijo:

—A menos que lo que usted tenga que contar cambie el asunto radicalmente, creo que no habrá dificultad alguna con el *Coroner,* ¿no le parece, teniente? Es un caso claro de suicidio amoroso…

—Eso creo yo también. Cuando quiera…

Los coches se pusieron en marcha, dejando solo uno de ellos para los delegados del *sheriff* que quedaron custodiando el escenario del drama hasta la llegada de los enfermeros, quienes retirarían los cadáveres.

En su coche, Maclaine no parecía precisamente un hombre feliz. Sin embargo, íntimamente, se alegraba de que el caso pudiera considerarse cerrado definitivamente.

—Al diablo con todo —gruñó de repente.

Al advertir que estaba hablando solo casi se ruborizó. Con dedos torpes sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. No le gustaban las montañas, a pesar de su idílica paz…

Él era un hombre de ciudad, ni más ni menos.

CAPÍTULO X

Habían transcurrido cinco días desde que fueron descubiertos los cadáveres de Kathryn Brook y Heinz Colvin cuando el teniente Maclaine firmó el último documento relativo al caso. Tal como dijera el *sheriff* aquella noche, el Coroner aceptó el veredicto de suicidio amoroso y todo había andado sobre ruedas.

Maclaine suspiró y se echó hacia atrás en su sillón. A decir verdad, apenas si había tenido ocasión de pensar en el asunto Brook durante los últimos días, absorbido por una cantidad ingente de trabajo. Parecía que todos los delincuentes de la ciudad habían decidido lanzarse a la calle a un tiempo y los servicios se multiplicaron con tal ritmo que las horas de descanso se habían visto disminuidas sensiblemente.

—Estoy agotado, sargento —refunfuñó entre dientes—. Unos días más así y pido el retiro... tal vez me convenga una granja en la que cuidar gallinas en lugar de andar a la caza de granujas día y noche...

El sargento Ross no pareció impresionarse en absoluto por la parrafada de su jefe. Estaba acostumbrado a esas rachas.

Lo único que dijo con su voz profunda fue:

—Usted no podría vivir sin esas preocupaciones, señor... ¿Puedo entregar eso al archivo?

Maclaine apartó de sí los documentos sobre el caso Brook y gruñó:

—Sí, quítelo de mí vista antes que le prenda fuego. Ha sido el caso más absurdo de toda mi carrera. Una estupidez del principio al fin.

—¿Todavía duda del suicidio, teniente?

—Ya no... por lo menos, he aceptado también el veredicto. Al diablo con todo.

—Bueno.

El sargento ordenó los papeles con indiferencia. Allá el teniente con sus quebraderos de cabeza...

—¿Usted qué opina, sargento?

La pregunta le puso de mal humor, como todas las cosas que le obligaban a pensar cuando lo único que deseaba era largarse a casa y dormir... ¿cuánto tiempo llevaba sin apenas pegar un ojo?

No obstante, respondió:

—Suicidio, señor. Las provisiones y las ropas es lógico que las llevasen... seguramente ni ellos mismos estaban decididos a matarse

cuando se citaron en la cabaña. Tal vez pensaban pasar allí un par o tres de días… y discutir de paso las posibilidades que tenían de librarse de Gerry Brook… Tenemos que reconocer que no eran muchas a mi modo de entender las cosas.

—Eso es cierto. Colvin era incapaz de trabajar de firme para mantener el tren de vida de la mujer…

—Y sin el dinero de Brook… Bien, usted mismo puede darse cuenta de cómo estaban sus asuntos cuando llegaron a la cabaña. O seguir aguantando una situación insostenible, o matar a Brook, a sabiendas de que nosotros les caeríamos encima tan pronto él muriese… o matarse ellos. Eligieron esta salida. Que el diablo cargue con los dos —fue el poco piadoso comentario del sargento, al encaminarse a la puerta con los documentos destinados al archivo general.

Al quedar solo, Maclaine consultó el reloj. Era hora de marcharse y no había sucedido nada. Pegó un salto y salió también del despacho antes que surgiera cualquier llamada que le retuviera…

Mientras conducía su coche camino de su casa apenas si podía creer que hubiera podido escapar a la hora justa de salida. Un verdadero milagro.

Comenzó a pensar con delectación en las zapatillas, la cena, la televisión y, finalmente, la cama. Igual que cualquier ciudadano decente después de su jornada de trabajo…

La paz del hogar, se dijo, al aparcar el auto frente a su casa.

No obstante, la paz hogareña estaba un tanto alterada cuando cerró la puerta a sus espaldas. Escuchó la violenta disputa entre sus dos hijos. Las voces llenaban toda la casa. Estaban peleándose por un disco roto o algo así.

Maclaine suspiró y se dirigió a la cocina sin hacer ruido.

Encontró a su mujer dando los últimos toques a la cena. Tras el beso de bienvenida murmuró:

—¿Qué les pasa a los chicos?

—Un disco roto. Un disco de Gerry Brook… un cataclismo —sonrió su mujer, añadiendo al instante—: Cuando oigan la llamada para la cena acabará su discusión… ya han reclamado la comida dos veces.

—Voy a lavarme y enseguida estoy contigo.

Gerry Brook. Maldito músico, refunfuñó Maclaine para sí mientras entraba en el cuarto de baño. Hasta en casa tenía que seguir oyendo su nombre. Un nombre que provocaba verdaderos cataclismos entre sus hijos…

Sin embargo, la mujer había tenido razón. Los encontró silenciosos, aguardándole con los cubiertos en la mano dispuestos a

atacar la cena con expresión hambrienta.

La cena transcurrió dentro de un silencio sedante. Maclaine comenzaba a sentirse a gusto en semejante atmósfera cuando su mujer comentó:

—A veces me pregunto dónde te metes, John... traes las ropas hechas un desastre.

El teniente levantó la cabeza del plato, sorprendido.

—¿A qué viene eso, querida?

—Tu traje gris... el que llevaste el domingo. No puedes imaginarte el trabajo que me ha dado para limpiarlo.

—No lo comprendo —rezongó Maclaine—. Yo no advertí manchas en él.

—Oh, no se trataba de manchas. Ha sido al plancharlo, ¿sabes?

—¿Al plancharlo? Todavía lo entiendo menos...

—Los pantalones, tonto. Llevabas el dobladillo lleno de hojas de pino.

—Ah, eso —suspiró Maclaine—. Pues deberías haber visto cómo estaban mis zapatos cuando salí del bosque... por lo menos, las del dobladillo no me molestaron con sus pinchazos. Ni siquiera las advertí.

Se llevó otro trozo de pescado a la boca, pero de repente se envaró, quedándose rígido, con las mandíbulas quietas y un carrillo abultado por la comida. Una expresión sobresaltada apareció en su cara con tanta intensidad que llamó la atención del resto de su familia.

Su mujer murmuró:

—John...

—¿Sí?

—¿Qué te ocurre ahora, querido?

—Nada.

Se levantó de un brinco, masticando furiosamente el pescado.

—¡John!

—Lo siento, querida, tengo que irme ahora mismo.

—¿Te ha dado de repente este arrebato? Por lo menos, podrías acabar de cenar con nosotros. Es la primera vez que lo haces en una semana.

—Tú tienes la culpa al darme ideas tan descabelladas que muy bien pueden ser ciertas. Volveré tan pronto como pueda...

Salió disparado antes que ni su mujer ni sus hijos pudieran hacerle ninguna pregunta. Cuando ellos reaccionaron oyeron el rugido del motor del auto al alejarse como una centella.

Aferrado al volante, Maclaine contenía su impaciencia a duras penas. Era cierto que su mujer le había dado una idea. Una idea absurda, pero que si resultase cierta...

No quiso pensar en ello. Detuvo el coche a cierta distancia de la casa de Gerry Brook y recorrió el resto del camino a pie. Tanto la casa del músico como las dos vecinas estaban completamente a oscuras, lo cual favorecía sus planes.

No le costó violentar la puerta de la cocina para introducirse en la vivienda de Gerry. Sin encender las luces, recorrió las distintas estancias hasta el primer piso. Recordaba perfectamente la disposición de las piezas de cuando registrara la casa, de manera que llegó al dormitorio del trompetista sin dificultad alguna.

Una vez dentro se limitó a utilizar una pequeña lámpara eléctrica de bolsillo cuya luz le reveló el interior del armario cuando abrió la gran puerta corredera.

Allí, perfectamente alineados, había diez o doce trajes, incluidos dos de etiqueta. Descartó esos y se dedicó en los minutos siguientes a examinar minuciosamente el dobladillo de los pantalones de todos los demás en busca de agujas de pino.

Brook declaró en aquella ocasión que nunca había estado en la cabaña de Colvin. Ni siquiera conocía su situación. Pero si hubiese mentido...

Maclaine dio rienda suelta a su fantasía mientras trabajaba. Sus dudas respecto al suicidio de la pareja se desvanecerían si pudiera adquirir la certeza de un asesinato... y si el músico había estado en la cabaña forzosamente habría tenido que pisar la espesa pinocha, al igual que él.

Pero no encontró el menor rastro de hojas de pino en ninguno de los trajes. Claro que el músico debía llevar uno puesto, el que se cambiaría en el camerino para vestirse con las ropas de escena...

Registró todos los demás armarios de la casa sin hallar ningún otro pantalón.

Desalentado, llegó a la conclusión de que estaba comportándose como un tonto. Los amantes se habían suicidado y era absurdo tratar de buscarle tres pies al gato. Incluso el veredicto había sido dictado por el *Coroner*... ¿para qué preocuparse más?

—El otro traje —gruñó en voz alta.

Salió de la casa con las mismas precauciones que a su llegada, de manera que se encontró sentado dentro de su coche sin haber llamado la atención de nadie en el vecindario.

Y media hora más tarde detenía el coche en el aparcamiento de *The Corsair,* completamente decidido a que ese fuera el último paso que diera en relación con el caso Brook.

Al entrar en el cabaret vio que la orquesta cubana era la que estaba actuando en aquellos momentos, por lo que decidió esperar en el bar hasta que Gerry Brook ocupara el escenario. Pidió un *whisky* y se encaramó a un taburete, reprochándose desde lo más

profundo de su mente por lo que estaba haciendo. ¡Vaya un cúmulo de absurdos los del maldito caso!

No hubiera podido decir cuánto tiempo llevaba allí cuando la voz de Mira Lindeman dijo a su lado:

—¿Ha venido a divertirse esta vez, teniente?

—En parte —dijo, volviendo la cabeza, sorprendido.

Una vez más, se sintió impresionado por la extraordinaria belleza de aquella muchacha, aunque le pareció que en sus bellos ojos ya no había la profunda tristeza que los empañara días atrás. Esperó a que ella se hubiera encaramado al taburete vecino para añadir:

—Ahora tiene usted el camino libre, ¿eh?

—Sí.

—¿Lo sabe él?

—¿Qué le amo? —Mira hizo un gesto de desaliento, pero consiguió forzar una sonrisa—. Todavía no. Está aún bajo la impresión de todo lo sucedido.

—Ya se dará cuenta —gruñó Maclaine—. No es ningún tonto a mi modo de ver.

La muchacha le miró con nueva atención.

—¿A qué ha venido usted, teniente? —indagó al fin.

—Quiero hablar con Brook… más tarde, cuando termine su actuación.

—Pero… el asunto está cerrado, ¿no es cierto? Ella ha muerto, y su amante también. ¿Qué es lo que tiene usted que tratar con Gerry?

—Detalles… detalles de rutina —rezongó el teniente.

Bebió su *whisky* sin ningún entusiasmo. Mira, que no había pedido nada, saltó del taburete dispuesta a marcharse, pero Maclaine la detuvo con un ademán.

—No corra a advertir a su amado de que estoy aquí, niña —le advirtió secamente—. Yo hablaré con él… más tarde.

Los ojos desafiantes de la muchacha sostuvieron su mirada sin pestañear, claros y brillantes. Su voz resultó apenas un murmullo cuando dijo:

—No lo haré. Gerry no tiene nada que temer… fueron ellos quienes se mataron, ¿no es verdad, teniente?

—Así es, aunque ha habido momentos en que he tenido mis dudas. ¿Sabe usted, pequeña? Incluso hay momentos que todavía las tengo…

—Está usted loco. Gerry nunca haría una cosa semejante…

—Tal vez no. Pero usted sí sería capaz de hacerlo.

Ella sonrió.

—Yo deseé matarla muchas veces, teniente —confesó con

perfecta calma—. Era una zorra que estaba destrozando la vida de Gerry...

—Y se interponía entre usted y él. Ha habido mujeres que han matado por mucho menos.

—¿Así que sospechó de mí? Es divertido si uno se detiene a pensarlo...

Ya no parecía tener ganas de alejarse, sino que permanecía de pie al lado del policía, magnífica en su actitud desafiante.

—No tiene nada de divertido —refunfuñó Maclaine—. Nunca hay nada divertido en un asesinato. Pero le confieso que sospeché de usted más de una vez. Afortunadamente, las cosas dieron la vuelta antes que se pusieran difíciles para su seguridad... lo cual hubiese sido lamentable.

—Sí, sobre todo para mí. Hasta luego, teniente... tengo que ver a papá.

Maclaine la vio marchar con un sentimiento de admiración. Aquella muñeca tenía un carácter endiablado, pero le gustaba su manera de ser. Amaba por encima de todo y no le importaba luchar por su amor... Y era cierto que había sospechado de ella...

Reaccionó cuando vio que los músicos cubanos abandonaban sus puestos. Llamó al mozo y pagó su bebida, tras lo cual se deslizó a lo largo del mostrador y no se detuvo hasta que se hubo colocado junto a la puerta que comunicaba con los camerinos.

Desde allí contempló la aparición en el escenario de Gerry Brook y sus músicos. No esperó a que empezasen su actuación. Se contentó con asegurarse de que todos ellos se instalaban en el estrado al mismo tiempo que los aplausos saludaban su aparición. Eran unas figuras grises, con sus uniformes impecables a los que el foco brillante y lechoso daba una apariencia de fragilidad que no tenían.

Atravesó la entrada y recorrió el pasillo hasta el camerino de los músicos. Nadie le cerró el paso, de manera que se encontró dentro y puso manos a la obra sin vacilar.

Los trajes de calle estaban colgados cuidadosamente en unas perchas protegidas por una cortina. Sobre cada colgadura había una etiqueta con el nombre de su propietario. La de Gerry Brook era la que quedaba en el extremo derecho.

Sin descolgar el traje, Maclaine desdobló la vuelta de los pantalones sintiendo un extraño nudo en la garganta... y no pudo contener un largo suspiro cuando comprobó que allí no había el menor rastro de pinocha ni nada semejante.

Se quedó más de un minuto inmóvil, súbitamente libre del peso que le había atormentado. Al fin podía dar carpetazo al asunto sin que quedase en él ninguna duda, ningún reproche que hacerse.

Suicidio.

Ese había sido el veredicto y él se había empeñado en enmendarle la plana al *Coroner.*

Una estupidez.

Encendió un cigarrillo. Dudó entre marcharse inmediatamente del cabaret o aguardar a Gerry. Moralmente, pensó que le debía una explicación... y decidió esperar, aunque se juró que no iba a darle explicación alguna. Lo saludaría, beberían un trago y asunto terminado.

De repente, pensó en los puñetazos recibidos una noche...

Gajes del oficio, refunfuñó para sí. Reconocía que, en aquella circunstancia, él había provocado intencionadamente al músico.

Poco a poco, saboreando el cigarrillo, regresó al salón, donde escuchó el final de la primera actuación del trompetista. Como de costumbre, el público se rindió a la magia de su música madura y rotunda.

Maclaine aguardó al pie del escenario hasta que la mirada del músico cayó sobre él. Los ojos de Gerry se entrecerraron al reconocerlo y sonrió. Con un ligero ademán, el teniente señaló el mostrador y el músico comprendió, porque hizo un gesto de asentimiento. El policía volvió a ocupar un taburete y esperó.

Quince minutos después, Gerry, todavía con el impecable traje gris, apareció a su lado.

—Tengo que volver a tocar dentro de media hora —explicó—. Hasta entonces puede someterme al tercer grado. ¿Qué quiere tomar?

—Un *whisky*, gracias.

Esperó a que el mozo trajera las bebidas. Probó un sorbo, dejó el vaso y dijo calmosamente:

—Deseo presentarle mis excusas, Brook.

—¡No me diga! Es sorprendente... usted cumplía con su deber, Maclaine...

—Me refiero a mis sospechas de estos últimos días.

—¿Qué sospechas?

—Yo tenía mis dudas respecto al suicidio, Brook... había ciertos detalles que me desconcertaban, ¿usted sabe? Las maletas, la bolsa con provisiones... ¿para qué querían latas de conserva y de cerveza si se habían reunido en la cabaña para suicidarse?

—Ya veo... usted creyó los había matado.

—Lo pensé, naturalmente. Usted tenía los motivos para matar. Además, su coartada de aquella mañana tenía un claro... lo suficiente para que, con un coche rápido, usted hubiese podido llegar hasta la cabaña y hecho el trabajo. Lo pensé mucho antes de descartarlo.

—¿Y se convenció de mi inocencia?

—No del todo... Dígame, ahora que lo recuerdo. ¿Qué hay del seguro?

Gerry se echó a reír.

—La compañía de seguros va a pagarme los cien mil dólares, teniente. Las pólizas incluían la muerte violenta también, en cualquiera de sus formas.

—Comprendo... Cien mil dólares es un buen bocado, Brook.

—En efecto. ¿Todavía sospecha de mí? Esos cien mil pavos son otro poderoso aliciente para matar, ¿eh?

—No, ya no sospecho de usted. Hace unos minutos se han desvanecido mis dudas...

—¿Cómo?

—Verá... ha sido mi mujer quien me ha dado la idea...

Gerry le miró, estupefacto. Por un momento creyó que el policía estaba burlándose de él.

—¿Su mujer? —balbuceó.

—Sí, mientras estábamos cenando. Mucho me temo que tendré que darle muchas explicaciones por mi precipitada manera de abandonar la mesa familiar...

—Sigo sin entenderlo...

—Verá... usted había afirmado que no sabía dónde estaba la cabaña de Colvin ni que jamás la había visitado...

—Y es cierto.

—Bueno, yo tenía mis dudas, pero no podía probar lo contrario. Y esta noche mi mujer se ha quejado del trabajo que le dio un traje mío al plancharlo...

Brook se inclinó un poco hacia el policía.

—¿Está seguro que se encuentra usted bien, Maclaine? —dijo irónicamente—. No me parece que sea propio de un policía beber más de la cuenta...

—Déjese de chistes, me encuentro perfectamente. Mi mujer encontró el dobladillo de los pantalones lleno de pinocha... ya sabe, de hojas de pino. Los alrededores de la cabaña estaban cubiertos por una espesa alfombra de esas agujas verdes y los pies se hundían en ella y revolvían... tuve que librarme de las que me entraron en los zapatos porque su molestia era insoportable. Pero no advertí las de los pantalones...

El músico se quedó tan sorprendido que no atinó a moverse durante unos segundos. Después murmuró:

—Creo que ya entiendo...

—Eso es. Si en mis pantalones había toda esa pinocha, igual rastro habría quedado en los de usted si realmente había estado en la cabaña, de manera que he decidido saltarme un par de leyes y

comprobar mis sospechas.

—Siga. Cada vez me interesa más su historia, teniente.

—Ya sabía que le interesaría… Bueno, he allanado su casa utilizando la puerta de la cocina. Así he registrado todos los trajes que tenía colgados en el armario…

—Ya veo. No ha hallado hojas de pino, naturalmente…

—Ni una.

Reinó un silencio entre ellos, mientras el músico bebía calmosamente su *whisky*. Solo cuando lo terminó dijo:

—Ahora comprendo por qué está aquí ahora… Yo tengo otro traje en el camerino, el que llevo al salir del cabaret. Quiere registrarlo también…

Se dispuso a saltar fuera del taburete, pero Maclaine le atajó con un brusco ademán.

—Déjelo —gruñó—. Ya lo he hecho también. Y creo recordar que el domingo llevaba usted el traje que ahora está en el camerino…

—Así es.

—Tampoco había el menor rastro.

Gerry suspiró.

—Me alegro de no haber ido de excursión estos últimos tiempos, teniente. ¿Tiene algo más que contarme como broche del caso?

—Que yo sepa no… ¿Cuándo se marcha usted a Las Vegas?

—Dentro de un par de semanas…

—¿Usted solo?

—Con mis muchachos, naturalmente. ¿A qué viene esa pregunta?

—Mira Lindeman.

—¡Oh, diablos!

—¿Lo ha advertido usted, Brook?

—Quien no creí que lo supiera es usted —gruñó el músico—. No me parecía tan listo, Maclaine.

—Ya… ¿Desde cuándo lo sabe?

—Hace tiempo. Es una chiquilla encantadora.

—¿También ella irá a Las Vegas? —preguntó el teniente con cierta ironía.

—Es posible…

—Ha tardado usted mucho en decidirse, dadas las circunstancias.

—No quería complicarla en mis problemas. Usted era muy capaz de sospechar de ella también sí… En fin, dejémoslo.

—Ya sospeché de ella.

Maclaine miró su reloj. Hizo una mueca.

—Es demasiado tarde para mí. Mi mujer estará hecha una furia

por haberla plantado también esta noche. Le deseo suerte, Brook.

Saltó del taburete, estrechó la mano del músico y se marchó.

Gerry siguió bebiendo hasta apurar su vaso. Después, pensativo, miró a su alrededor.

Todo había terminado. Casi no podía creerlo…

Y tendría a Mira.

El condenado policía… Y era cierto que jamás se le hubiera ocurrido pensar en el detalle de las agujas de pino metidas en las vueltas de los pantalones…

Jugarretas del Destino.

Se alejó del bar, pero no regresó a los camerinos, sino que fue a encerrarse en el lavabo. Suspiró. ¡Maldito Destino!

Calmosamente, con dedos seguros, desdobló el dobladillo de sus pantalones grises, los elegantes pantalones de su traje de actuación. Eran unos pantalones como los de cualquier traje, naturalmente… lo único del uniforme que era distinto era la chaqueta, de solapas redondas y festoneadas con una tirilla de seda…

Del dobladillo cayeron algunas hojas de pino, tantas como jamás pensó que pudieran esconderse allí dentro…

Se estremeció. Durante unos segundos, las sostuvo entre los dedos, mirándolas como hipnotizado…

Pinocha.

De no haber tenido tanta prisa el domingo por la mañana se hubiera cambiado de traje… Pero solo cambió la chaqueta.

Si no hubiese tenido aquella prisa, las hojas de pino podrían haber sido la llave de la silla eléctrica.

Las arrojó al inodoro y dejó correr el agua…

F I N


J. Blasco

LA RATA

por

CLARK CARRADOS

—¡Cuidado, Mike; es una trampa! —le gritó a su ayudante.

El guardaespaldas sacó una pistola, en el momento en que el compañero de Canillo alcanzaba la portezuela.

—¡Toma, bastardo! —rugió, alcanzándole en pleno rostro con su disparo.

A tres pasos de distancia, Sangani disparó dos veces. Perforó el cristal primero y a continuación el cráneo del pistolero, quien se dobló hacia atrás en el asiento. ake estaba forcejeando para sacar su pistola, pero antes de que pudiera conseguirlo, alguien abrió la portezuela y le agarró por un brazo, haciéndole caer fuera del coche.

ake intentó levantarse, lanzando mil blasfemias. De pronto, la culata de una pistola se abatió sobre su cráneo, y cayó de cara al suelo.

—Listo, jefe —exclamó Canillo.

Luchas sin piedad en torno a un misterio obsesionante...

Peleas a muerte en torno a un siniestro personaje llamado

LA RATA

¡Lea esta sensacional novela de CLARK CARRADOS en el próximo número!

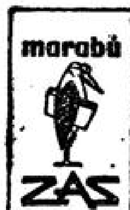


COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain


VETERANO
tiene
ESO...

un VETERANO SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*